

**S.I.P.**

**SPACIAL  
INTERNATIONAL  
POLICE**

# LA PESTE DORADA

**JOHNNY  
GARLAND**



Ernie Kraff recogió sus redes. Siempre pescaba en aquel punto de la costa, frente a la fábrica de nitratos extraídos del mar. Un lugar apacible, tranquilo, soleado y luminoso como pocos de la costa del sur de Florida, Estados Unidos, no lejos de la Carretera Atlántica, sobre los Cayos.

Hacía años que realizaba tal tarea. A él, los progresos del siglo **xxi** le tenían sin cuidado. Era hombre de tradición, apegado a las ideas de sus padres y abuelos. Todos fueron pescadores. Gente que con unas redes y unas manos nervudas se ganaban el sustento y extraían al mar su fortuna diaria, la plata generosa y viva de su pescado, que era también alimento y vida para otros muchos.



Johnny Garland

# **La peste dorada**

**Bolsilibros:**

**S. I. P.**

**(Spacial International Police) - 34**

**ePub r1.0**

**Lds 16.07.18**

Título original: *La peste dorada*

Johnny Garland, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



## LA PESTE DORADA



# LA PESTE DORADA



## CAPÍTULO PRIMERO

### ALGO EXTRAÑO...



Siempre pescaba en aquel punto de la costa, frente a la fábrica de nitratos extraídos del mar. Un lugar apacible, tranquilo, soleado y luminoso como pocos de la costa del sur de Florida, Estados Unidos, no lejos de la Carretera Atlántica, sobre los Cayos.

Hacia años que realizaba tal tarea. A él, los progresos del siglo XXI le tenían sin cuidado. Era hombre de tradición, apegado a las ideas de sus padres y abuelos. Todos fueron pescadores. Gente que con unas redes y unas manos nervudas se ganaban el sustento y extraían al mar su fortuna diaria, la plata generosa y viva de su pescado, que era también alimento y vida para otros muchos.

Claro que desde entonces muchas cosas habían cambiado en la pesca, como en el resto de las actividades humanas. Los progresos de la civilización moderna, trajeron consigo nuevos métodos y

avances técnicos, que facilitaban las tareas.

Pero Ernie Kraff no era partidario de los sistemas nuevos. Si sus antecesores vivieron pescando a la vieja usanza, él seguiría su mismo camino. Redes y manos fuertes. Nada de sistemas de atracción magnética para los peces. Nada de campos electrónicos ni de soporíferos acuáticos para las grandes piezas. Todo eso, para Ernie Kraff, era innoble. La lucha entre el hombre y el pez allí, en el líquido elemento, tenía algo de épica. Era un duelo constante y titánico, con un enemigo que no era tan insignificante como muchos podían creerse.

Y a Kraff le enorgullecía ganar, jornada, tras jornada, aquella pugna contra sus adversarios. A pulso. Noble y esforzadamente, como cincuenta años atrás lo hicieran sus antepasados. El mundo no cambia mucho para un auténtico pescador, un hombre que vive del mar y a él entrega su existencia, sus ilusiones y esperanzas.

Como cada día, la red apareció cuajada de la preciosa, palpitante carga de plateados peces. Brincaban estérilmente entre la tupida malla, prisioneros de su astuto enemigo.

Ernie Kraff rió. Su fuerte, blanca dentadura, brilló nítida al fuerte sol tropical. La piel curtida, atezada, parecía bronce rugoso bajo la visera de su gorra. Era como una Avieja estampa. Un ser de otros tiempos, desplazado en un mundo ultramoderno y vertiginoso, conquistador de mundos, espacios exteriores y regiones jamás pisadas antes por el hombre.

Depositó la carga marina en el fondo de la canoa a motor. Ésta sí era moderna. No por gusto expreso de Kraff, sino siguiendo las disposiciones de las autoridades navales de todo el mundo, que veinte años atrás prohibieron el uso de remos y de otra propulsión que no fuera la de motor en toda clase de embarcaciones. Había motores nucleares, reactores alimentados por energía solar y otras muchas maravillas de la mecánica y la ciencia humanas. Pero dentro del forzado progreso, Kraff conservó lo arcaico: el vulgar, anticuado motor de gasolina, tan extraño como un automóvil primitivo allá en las primeras épocas de los auténticos bólidos de la autopista, en los años 1900 y sus inmediatos.

Puso en funcionamiento el motor, y la motora, de roja estructura afilada en su proa, inició el regreso a la costa, no lejana. A su izquierda, el humo grisáceo de la fábrica de nitratos, iba creciendo

de volumen. Pero Kraff no iba allí, sino a Coral Cape, Florida. Su ciudad natal, el lugar donde Ernie Kraff era alguien.

En torno suyo, el luminoso mundo tropical parecía lleno de promesas. De vida, de cálida intensidad.

Y sin embargo...

La canoa hendió el azul, dejando una estela espumeante tras de sí. La aguda proa iba cortando el agua vertiginosamente, con una alegre facilidad. Kraff, con los estrechos ojos clavados en la costa, allí donde los embarcaderos, los edificios blancos y no muy altos formaban una hilera luminosa bajo el sol, iba silbando una tonada.

Se sentía feliz. La pesca era buena, la demanda mucha. Había dinero a ganar. Y eso siempre le hacía experimentar una gran felicidad. La del hombre sencillo que se conforma con poco, pero que cuando lo obtiene es un ser dichoso, satisfecho de la vida.

Fue entonces cuando vio al hombre.

Estaba hundiéndose en las aguas, agitaba sus brazos desesperadamente con la furia impotente de quien no es capaz de defenderse a nado en el mar. Kraff farfulló algo entre dientes y apretó la presión en el acelerador. La canoa, al tiempo de describir un cerrado giro, se lanzó como un rojo proyectil centelleante sobre las aguas tersas y límpidas.

—¡Maldición de gente! —rezongó de mal humor—. Si todavía hay estúpidos en el mundo que no han aprendido a nadar..., ¿por qué tienen que arriesgarse y alejarse de la orilla?

Luego dejó de rezongar para, con una imprecación furiosa, enmendar la ruta de su canoa, que describió un violento zigzag, brincando sobre la espuma, para eludir el impacto con algo de vivos colores que flotaba en las aguas.

Kraff lo contempló al pasar, entre perplejo e irritado. Era un patín acuático propulsado a motor. Había muchos en la actualidad. Extraían del propio mar, a medida que aumentasen su velocidad, la energía suficiente para propulsar su mecanismo, y autocombustir el motor. Había miles de patines así. Y miles de personas que lo utilizaban, alejándose millas y millas, mar adentro, sin el menor peligro. Pero, invariablemente, esas personas sabían algo fundamental para tal riesgo: nadar.

Y el que se estaba hundiendo ahora en el mar no parecía pertenecer a esa clase de gentes. Lo cual convertía su acuático

deporte del patín-automóvil en una auténtica locura de incalificable temeridad.

—¡No se mueva así, no crispe los músculos! —aulló Kraff, agitando sus brazos hacia el hombre medio sumergido—. ¡Manténgase a flote!

El nadador no debió de entenderle. O, por lo menos, no supo expresar una respuesta concreta, porque siguió agitando sus brazos en forma espasmódica, boqueando como un pez arrancado del agua y arrojado en la playa.

Por fin, la motora se detuvo junto al hombre que se hundía. Kraff paró el motor, y se apresuró a saltar al agua, despojándose de sus ropas, en auxilio del siniestrado.

Éste era un hombre al parecer joven, muy rubio y fornido. Su musculatura bronceada parecía estar en contrasentido abierto con su desesperada situación. Algo, en su físico, e incluso en sus locos, disparatados ademanes, pugnando por conservarse a flote, le hizo intuir a Kraff que no era un novato en el agua. Incluso parecía ser un nadador, un hombre habituado al contacto con el mar.

Pero eso resultaba absurdo, a no ser..., que estuviera enfermo. Ernie Kraff nadó con rápidas brazadas hasta él, estiró las manos...

Y sucedió lo inverosímil.

El naufrago chilló, con ojos dilatados, con expresión desencajada y virulenta:

—¡No! ¡No! ¡No me toque...! ¡No se acerque...! ¡Quiero morir... quiero morir solo! ¡No me ayude!

Kraff habló, jadeante por su esfuerzo:

—Vamos, amigo, no sea loco. Claro que le ayudaré. ¿Es que trata de suicidarse?

—No... no... ¡Pero no se aproxime más! ¡No me toque! —aulló, delirante.

Ernie Kraff hizo caso omiso de los gritos. Se lanzó en derechura hasta él, le aferró por los hombros, dándole instrucciones para que se mantuviera a flote. El otro seguía protestando, gritaba cosas incoherentes, y sus brazos se movieron como aspas, intentando impedir el esfuerzo del pescador.

Éste no vaciló más. Aquel loco no sólo ponía en serio peligro su vida, sino también la de su esforzado salvador. Era preciso utilizar un drástico remedio. Y lo utilizó.

Asestóle un tremendo directo al mentón. El nadador gimió y sus ojos se quedaron en blanco. Inconsciente por el mazazo del fornido pescador, cayó en sus brazos. Era un cuerpo inerte, pesado, pero sin resistencia, que Kraff condujo a la canoa, ahora con firmes brazadas.

Le fue duro, pero no demasiado difícil, subirle a bordo. Subióse él después, y sonrió, mirando al hombre tendido en el fondo de la canoa.

—Ahora, de regreso a la costa. Y allí explicará usted a las autoridades lo que significa todo esto. No sé si ha intentado matarse o si ha sido un accidente. Pero, sea lo que sea, me parece todo esto muy extraño...

Kraff se encaminó al timón, puso el motor en marcha y arrancó a toda velocidad hacia el pueblo. Coral Cape era su destino. Y hoy llevaba una pesca muy especial, de la que no entraba siempre en sus redes.

Se aproximó a los embarcaderos del sector mariner, no lejos de la fábrica de nitratos que se alzaba a poca distancia. Había tenido suerte el insensato aquel. De no hallarse él en los alrededores, con una canoa anticuada, de las que desarrollaban una velocidad moderada, nunca se hubiera podido salvar. Las embarcaciones nucleares o solares pasaban a velocidades tales que ni siquiera hubieran advertido su presencia. Volvióse para contemplarle atentamente. Era un muchacho no mayor de treinta años. Atlético, vigoroso. Y no parecía de por allí. Al menos, Kraff no le había visto antes de ahora en Coral Cape...

Aquel endiablado sol alumbraba con tal fuerza que convertía ante los cansados ojos del pescador al hombre salvado en un centelleo de oro casi irreconocible. Se acercó más, achicando sus pupilas deslumbradas para ver mejor.

Entonces lanzó una imprecación. Dilató sus ojos asombrados, estupefactos. Fue preciso que extendiera sus manos, que rozara al hombre, para convencerse de lo que estaba viendo.

Un escalofrío de intenso horror le sacudió ante lo que sucedía en su presencia. Bajo el atezado de su rostro, una lividez de muerte le hizo parecer extrañamente amarillento. Temblaron sus manos, su cuerpo todo, enjuto y color de yodo.

Kraff no daba crédito a lo que veía.

—¡Dios mío, no! —jadeó, incrédulo—. ¡No es posible!...

Alzó sus manos al sol. Las contempló, abriendo mucho los dedos, contemplando su epidermis a la luz del día límpido y tropical.

Un gemido de miedo, de auténtico terror a lo desconocido, brotó de la garganta del pescador...

\* \* \*

Gregor Miller enjugó el sudor de su rostro con el dorso de la mano. Luego, clavó los ojos en el espacio que perforaba su nave estelar. El rumbo era bueno, la velocidad habitual... ¿Por qué diablos había de sentir aquel terrible dolor en las sienes, por qué aquellos sudores helados, los calambres intensos en sus músculos?

Nunca, antes de ahora, le ocurrió nada parecido. En realidad, era un hombre físicamente espléndido, y gracias a ello había obtenido su puesto de piloto en las Líneas Espaciales Civiles. Allí siempre se elegía a los hombres perfectamente dotados, capaces de resistir todas las alteraciones de los viajes por el espacio, desde la influencia del polvo cósmico, hasta las radiaciones pesadas de los espacios exteriores de la Tierra, pasando por las diferencias climatológicas, las presiones y las anomalías sobre el físico del astronauta.

Por eso resultaba esto muy extraño. Había comido a su hora, la digestión fue normal. Tomó café en el espaciódromo, junto a Kurt Harlan, de las Rutas Unidas Planetarias. Aunque pertenecientes a compañías rivales, la competencia era noble y amistosa. Incluso fumaron juntos un cigarrillo, antes de separarse, cada cual a su astronave comercial. Harlan, rumbo a Marte. Miller, a Venus.

Después, el viaje fue normal. Habíase detenido en el Satélite K, a reponer combustible. Ahora ya se dirigía hacia Venus. Y, de pronto, aquellas molestias, aquellos fríos...

Las manos le brillaban, cuajadas de sudor. Las luces fluorescentes de los mandos daban una tonalidad fosforescente a la epidermis. Gregor Miller se echó atrás en el asiento. Apretó los labios. El sudor corría por su piel tirante, muy fría.

Empezó a sentir fuertes náuseas. Sus dedos se agarrotaban sobre los mandos. No le respondían. Su mente transmitía las órdenes con lentitud desesperante. Y los miembros se negaban a cumplirlas.

Parecía que fueran de plomo inanimado.

Respiró hondo. Una opresión violenta en el pecho, unos calambres dolorosos en todo su ser, le encogieron en el asiento. La nave osciló. Aún tuvo ánimos para utilizar el piloto automático y variar el rumbo en redondo. La astronave regresó al Satélite K vertiginosamente.

Gregor Miller era demasiado buen piloto espacial para engañarse. Sabía que nunca sería capaz de llegar a Venus, tal como se encontraba ahora.

Y se preguntó si sería capaz de alcanzar nuevamente la base del Satélite sin que aquella extraña dolencia le paralizase del todo, terminando con él.

Se tocó las sienes. Le latían desacompasadamente, sus venas se hinchaban, la sangre bullía, aturdiéndole, llenando su cerebro de zumbidos, dificultando su visión...

Cuando separó las manos, los ojos fueron a ellas, como fascinados. Contempló las palmas sudorosas... y un ronco grito de horror huyó de sus labios contraídos y sin color.

No podía dar crédito a su mirada. Frotó sus manos rabiosamente contra su uniforme espacial de caucho hermético. Inútil. Cuando las volvió a mirar, seguían lo mismo.

Se inmovilizaban ya, sin responder a sus desesperados esfuerzos ni siquiera un solo músculo. Cayeron las manos inermes. Sintiendo un profundo, lacerante pánico, quiso incorporarse. No lo logró más que ligeramente, para caer luego en el asiento.

Pero tuvo tiempo justo de ver su rostro en el flexoretrovisor de a bordo. Y lo que vio provocó en Gregor Miller el más intenso de los terrores.

Sus músculos faciales no se movieron. Su piel parecía goma tirante, le dolía. Quiso llorar. Y no pudo. Instintivamente comprendió que aquello era el fin. Un fin horrible, inaudito. Pero el fin.

Cuando la astronave de las Líneas Espaciales Civiles se posó forzosamente en el espaciódromo del Satélite K, a bordo solamente encontraron los técnicos un cadáver.

El cadáver de Gregor Miller, su piloto. El más extraño y alucinante cadáver que jamás viera nadie...

## CAPÍTULO II

### MUERTE DE ORO



Marcel Duroc entregó su pasaporte en la Aduana de Ámsterdam. Los controles automáticos de Documentación Civil registraron los detalles del mismo. Un mecanismo devolvió a Duroc su pasaporte.

El joven sonrió al observar la luz roja encendida en el robot aduanero, que indicaba su especial identidad al personal del lugar. Estos mecanismos habían apresurado mucho los viejos trámites, largos y engorrosos. Viajar de un país a otro, en el siglo XXI, era cosa cómoda. Incluso viajar por entre los planetas que el hombre había alcanzado y habitado ya.

Recogió su reducido equipaje en el Servicio Automático de Aduana y luego salió del aeropuerto. Tomó un turbotaxi, que partió a vertiginosa velocidad sobre la cinta de asfalto, hacia la moderna Ámsterdam.

Se preguntó qué le esperaba en la ciudad holandesa. Se había desplazado desde París con urgencia, para atender a la llamada del capitán-inspector Eilein. Conocía a Eilein desde hacía algún tiempo.

Y muy importante debía ser lo que le hizo hablar tan excitadamente a través del intervisófono, desde Ámsterdam a la capital francesa. Marcel no perdió tiempo en partir.

Durante el viaje, había leído las ediciones impresas de las noticias de última hora emitidas por las grandes Agencias mundiales de televisión. Como cada verano, también en el año 2000 parecía existir el mito estival de la «serpiente de mar». Pero la imaginación humana trabajaba intensivamente a través de los tiempos, y ahora, el mítico engaño sensacionalista hablaba de «hombres de oro».

Según los imaginativos reporteros, auténticos «hombres de oro» habían empezado a surgir pródigamente. En las costas de Florida, eran dos los «personajes dorados»; un pescador y un millonario, famoso por sus «récores» en aeromóviles y en canoas atómicas. En el Satélite K, un piloto espacial de líneas comerciales. En Ciudad del Cabo, un corresponsal norteamericano de Prensa. En Lisboa, un constructor de motores nucleares. Y así, mil noticias de diversos puntos, según los periódicos, «totalmente verídicas y confirmadas».

Fue algún tiempo más tarde, cuando pasó a presencia del capitán-inspector Eilein, de las oficinas de la Spacial International Police en Ámsterdam, el momento en que el joven y atlético Marcel Duroc, campeón olímpico deportivo en el año 2004, y uno de los agentes especiales del SIP más destacados del Continente Europeo, supo de labios del propio Sigmund Eilein la asombrosa verdad:

—¿Ha leído usted los periódicos, ha oído las telenoticias? —había interrogado Eilein, con las manos hundidas en los bolsillos, paseando igual que una fiera enjaulada por la moderna y luminosa jaula de vidrio del Edificio Nacional en Ámsterdam, exclusivamente destinado a dependencias y corporaciones oficiales.

Duroc asintió, frunciendo el ceño. Su cabeza, apoyada por el musculoso cuello, se irguió sorprendida. El sol tibio y frío de las tierras del Norte hizo brillar su cabello claro.

—Sí, inspector —asintió—. Los he leído. ¿Por qué me pregunta eso?

—Supongo que la noticia del día no habrá escapado a su

observación...

—¿La noticia del día? —Marcel se encogió de hombros—. No sé... Imagino que no se referirá a las decisiones del Congreso Mundial sobre la colonización de las zonas polares marcianas, o sobre la explotación mineralógica lunar, ni tampoco a la posible importación de vegetales medicinales marcianos, porque todo eso parece perfectamente legal... El inspector explicó:

—No, no es nada de eso. No me refiero a cuestiones políticas, sino..., a algo más extraño y sorprendente. Algo que acaso ha leído, sin imaginar siquiera que haya en ello algo de verdad...

—No atino. —Duroc rió—. A no ser que hablase de esos fantásticos «hombres convertidos en oro», como si un fabuloso y absurdo Midas les hubiera tocado... no veo nada especial en las noticias veraniegas. Pero, naturalmente, el SIP no se iba a ocupar de una majadería así.

—El SIP, amigo mío, se está ocupando de esa gran majadería.

—¿Qué? —Marcel pegó un respingo—. ¡No puedo creerlo!

—Pues es la verdad. Venga conmigo. Va a ver algo, Duroc. Algo que está obligándonos a intervenir en el asunto...

Le acompañó. De la cámara-despacho de Eilein pasaron a uno de los superascensores electrónicos, que a vertiginosa velocidad les condujo al subsuelo del Edificio Nacional de Ámsterdam.

Allí estaban los laboratorios especiales holandeses al servicio de la gran organización mundial —y universal— del SIP. Allí, los gabinetes especiales de Servicio Antropométrico, Identificación, etc. Y allí, en su última nave, fría y lúgubre, la Morgue. Una Morgue especial, un depósito de cadáveres destinado exclusivamente a los casos oscuros que los servicios sanitarios y judiciales normales no aceptaban por ajenos a su jurisdicción.

Y entonces, en casos así, entraba en servicio la maquinaria complicada, poderosa y amplísima de la Spatial International Police.

Eilein condujo a Marcel Duroc a una sala de muros grises, metálicos y helados. En su centro, una tabla de blanco mármol mostraba hasta tres figuras cubiertas por una sábana. Pero lo extraño era que la mesa marmórea no era como todas las demás de la Morgue.

En torno suyo se había instalado una campana plástica

transparente, pero infranqueable. La luz roja de emergencia brillaba sobre la campana plástica.

—¿Qué significa tanta precaución? —inquirió Marcel.

—Contagio.

—¿Eh?

—Contagio altamente poderoso. Tan sensible que un simple roce con el ser afectado significa la total, absoluta propagación del mal.

—¿Qué mal?

—No sé. Nadie sabe qué mal es —suspiró Eilein—. Pero los técnicos de nuestro laboratorio han empezado a titularle «Auridemia».

—«Auridemia»... Es un nombre raro. Recuerda al oro... Y el oro también se relaciona con esos casos extraños que, según usted, no son fantasía periodística...

—Exactamente. Mire, Duroc. Esté bien atento a lo que va a ver...

Se acercó a la campana o envoltura plástica. Movi6 un resorte. Dentro, una corriente especial de aire dirigido, alzó la sábana. Marcel lanzó una interjección y palideció. Contempló, sin darle crédito, el espectáculo que la campana ofrecía en su interior, sobre la mesa de mármol.

Había tres cuerpos humanos ciertamente. Pero podían haber sido tres reproducciones perfectas en oro. Tres estatuas de incalculable valor, en el preciado metal.

Su cabeza, cabello, sus miembros, su cuerpo entero, desnudo ahora, tenía la dureza, tirantez y sólido aspecto de un metal. Su color era intensamente dorado, centelleante aun a las luces tamizadas del depósito de cadáveres. El brillo no era superado ni siquiera por el auténtico oro.

—Dios mío... —Marcel cambió una mirada atónita con Eilein—. ¿Eso significa...?

—Significa que fueron tres personas. Dos hombres y una mujer. Ella era una famosa cantante de variedades, teatro y televisión. Lulú Sellers era su nombre artístico. Ha muerto en Rotterdam, durante su actuación en el Hotel Internacional.

—Ya. —Duroc contempló la fantástica escultura femenina. Una mujer hermosa... al parecer transformada en estatua de oro por un maleficio inaudito—. La «versión 2000» del cuento infantil del rey

Midas. Luego, sus ojos fueron a los dos hombres. —¿Y ellos?

—Henry Van Dyck, técnico del Gobierno holandés para proyectiles espaciales y aerocohetes. Y aquel otro..., Dennis Culver, agente británico del SIP, al frente de la Comisión de Vigilancia Sanitaria en Europa.

El estupor de Duroc creció. Separó los ojos del noble, juvenil perfil del muchacho muerto. Respiró con fuerza, antes de preguntar:

—¿Y «eso»... es mortal?

—Por completo.

—¿Rápido?

—No tiene norma fija. Puede tardar horas..., minutos..., incluso segundos. Depende de la virulencia del caso y del contagio. En cualquier caso, nunca excede a las veinticuatro horas su acción mortal.

—¿Una enfermedad?

—Evidentemente. Una enfermedad altamente contagiosa. Una epidemia horrenda.

—¿Los casos citados por la prensa son ciertos?

—Sí. Aún hay más. Sabemos extraoficialmente de algunos surgidos en la India, Indochina, Rusia, Turquía, Australia y Nueva Zelanda. Todos mortales también.

—¿En qué consiste?

—Lo ignoramos. Sólo se saben tres cosas: que es mortal, que se contagia por un simple roce... y que antes de recubrirse la piel de esa especie de costra o escama dorada, los miembros se paralizan, empezando por músculos y nervios, para terminar por la circulación sanguínea. Cuando el ser humano queda recubierto de ese color dorado, incluso en sus cabellos, pestañas y cejas la parálisis es total, y ya está virtualmente difunto.

—Espantoso... ¿Y el origen de la enfermedad, inspector?

—También desconocido por completo. Nuestros técnicos y químicos trabajan en ello. Hay que localizar el virus. Y saber en qué consiste realmente, de dónde puede proceder...

Marcel Duroc asintió. Dentro de la campana, a una presión de Eilein en el resorte, el aire dirigido situó de nuevo la sábana sobre los dorados cuerpos. El joven agente francés tenía un gesto de perplejidad evidente.

—A pesar de lo horrible del suceso, veo algo raro en todo esto,

inspector —declaró con lentitud, sepultando las manos en sus bolsillos—. Parece un caso más apropiado para la Sanidad Internacional, y no para la Policía.

—La verdad es que así hubiera ocurrido, de no mediar el caso de Dennis Culver. Ya le he dicho que ese agente inglés del SIP era delegado de la Comisión de Vigilancia Sanitaria en Europa.

—Lo recuerdo bien. ¿Qué tiene que ver eso? Pudo sufrir contagio, como los demás. El que pertenezca al SIP no justificaría una acción nuestra. Ni Washington nos lo autorizaría.

—Washington no tendrá más remedio que autorizarnos a intervenir —declaró gravemente Eilein, avanzando hacia la salida—. El asunto entra totalmente en la jurisdicción del SIP.

—¿Por qué?

El inspector Eilein se detuvo un momento ante la puerta del ascensor que les devolvería al despacho del piso superior. Su expresión era taciturna, su rostro aparecía ensombrecido por una honda preocupación cuando declaró con voz sorda:

—Porque si Dennis Culver ha sufrido el contagio de esa epidemia... ha sido porque previamente «alguien le inyectó el virus con una aguja hipodérmica...».

\* \* \*

Donald Callowan suspiró. Dejó a un lado el informe. Luego levantó los ojos hasta el hombre erguido frente a su mesa-despacho.

—Bienvenido a Washington, Duroc —habló con firmeza—. Y bienvenido también a la sede del SIP.

—Gracias, señor. Supongo que el cablegrama del capitán-inspector Eilein obra en su poder.

—Ciertamente que sí. —Callowan golpeó con suavidad el cigarro en el cenicero, dejando caer la ceniza en él—. También tengo otros informes, procedentes de diversos puntos del globo. La verdad es que consideraría estúpido mezclar al SIP en este asunto... de no mediar lo ocurrido a nuestro agente, Dennis Culver.

—Es lo mismo que dije yo cuando lo supe, señor —asintió Duroc—. Me sorprendía que Eilein me llamase a su presencia, solamente por un caso clínico, más bien encasillado en las obligaciones de los médicos que en las nuestras. Pero si un hombre es inoculado de un

virus mortífero... surgen dos cuestiones. La primera es: ¿Quién le inoculó, y por qué?

—Sí. —Callowan arrugó la frente. Sus agudos, inteligentes ojos, brillaron en la faz ancha y sólida—. Y la segunda es: ¿Quién posee ese virus, quién es capaz de controlar esa enfermedad desconocida, hasta el pinito de aislar el virus y hacerlo inyectable? Esa cuestión podría darnos la respuesta a la primera, Duroc.

—Ciertamente, señor. Son las dos preguntas que yo mismo me hice —asintió el joven francés. Sus anchos, atléticos hombros, se encogieron ligeramente—. Estuve mezclado, hace un par de años, en el misterioso asunto del envenenador de París, que mataba por medio de inyecciones, y que al verse descubierto escapó...

—Lo recuerdo bien. Usted le siguió, halló su pista y logró arrestarle en unas dunas polvorientas lunares, tras descubrir que había robado un aerocohete para su fuga.

—Tiene usted una gran memoria, señor —se sorprendió Duroc.

—No lo crea —rió Callowan, saboreando el aromático cigarro con fruición—. Tengo la costumbre de repasar la ficha personal de cada agente mío que viene a entrevistarse conmigo, antes de concederle la audiencia. Así no tengo dudas acerca de él, cuando hablamos ambos. Pero de todos modos, agente Duroc, por si puede servirle de complacencia, le diré que su hazaña de entonces la recordaba perfectamente. No necesité releerla en su informe para evocarla en sus detalles.

—Vuelve a halagarme, señor. Aquel caso parece ser el que motivó que Eilein me considerase el agente europeo más adecuado para el asunto de esa epidemia dorada. Yo no comparto su opinión. Sé algo de medicina, pero no mucho. No soy un técnico en sanidad, para estudiar ese misterio.

—Otros lo harán por usted, Duroc. Nuestros gabinetes médicos le informarán ampliamente de la cuestión técnica del asunto. Yo no pido que mis agentes sean doctores, sino simplemente eso: agentes. Y si su eficacia cara al misterio a dilucidar se confirma, lo restante es siempre secundario.

—En este caso concreto, señor Callowan, tal vez se equivoque. La clave de todo está en la enfermedad misma.

—Es posible —Donald Callowan había apurado su cigarro. Lo contempló con cierta melancolía, al aplastarlo en el cenicero—.

Pero recuerde esto, amigo mío: yo no considero que el saber en qué consiste esa rara dolencia resuelva el misterio de la inyección mortal a Dennis Culver. En cambio, localice usted *cómo y dónde* fue inyectado Culver, y, sobre todo, *quién* pudo hacerlo..., y el caso estará casi resuelto.

Hubo un silencio en la oficina. Duroc estudiaba, en el muro, el gran mapa celeste que cubría un panel de la estancia. Era un mapa capaz de iluminarse y de servir de guía y control a las órdenes emanadas del Cuartel General del SIP a sus agentes, en las patrullas espaciales que circulaban regularmente en el espacio interplanetario comprendido entre la Tierra, Venus, Marte, Júpiter y Mercurio.

Estaba reflexionando. Poco después empezó a exponer sus ideas con voz segura:

—Únicamente cabe una teoría para explicar el asesinato real de Dennis Culver. Y una teoría que, desgraciadamente, no veo todavía muy clara, pero que de momento nos sirve.

—¿Cuál es, muchacho? —preguntó benévola Callowan.

Duroc explicó:

—Culver intervino extraoficialmente para estudiar esa enfermedad. Entonces halló algo relacionado con ella. Algo que no interesaba, tal vez, a ciertas personas. Y el hombre u hombres que se vieron en peligro, optaron por la solución más fácil para su impunidad: atacar a Culver. Pero había de ser de un modo muy especial, que no despertara sospechas en el SIP. Alguien pensó en la idea de inyectarle un veneno o cosa parecida. Pero supongamos que había un miembro de esa organización, enfermo con la rara epidemia dorada. Y que se le extrajo una dosis de sangre o de microbios, inyectados posteriormente a Culver. Así, parecería una víctima más de la enfermedad de oro.

—La teoría es buena, Duroc. Ciertamente tiene sus lagunas, pero no veo en qué puede afectar a ninguna organización delictiva el investigar una enfermedad, hasta el punto de resolverles a cometer un asesinato que, como en este caso, resulta difícil, pese a su complicación y astucia, que pase desapercibido a las sutiles redes investigadoras de nuestro Cuerpo. Pero, evidentemente, Culver descubrió algo peligroso para otras personas. ¿Ha pensado que ese algo pudiera ser puramente casual, en su relación con la enfermedad, y a lo que Culver llegó por simple accidente?

—Lo he pensado, ciertamente. Pero, sin embargo, algo vuelve de nuevo a hacerme pensar en que la relación no es casual: el hecho de que, para matarle, utilizaran un virus que ningún especialista del SIP ha logrado, hasta ahora, aislar y localizar positivamente.

Callowan afirmó muy despacio. Una expresión intensamente preocupada asomó a sus oídos. Luego estudió al joven francés con evidente curiosidad.

—¿Por dónde va a empezar, Duroc? —interrogó.

—Dios mío, si yo lo supiera... —Marcel se encogió de hombros, desalentado—. Es un endiablado asunto que no entiendo. He estudiado informes y noticias de todas partes. Al parecer, todo empezó en las playas de Florida. Un pescador encontró a alguien, y lo subió a su canoa motora. Al parecer, se trataba de un bañista en apuros. Pero el tal bañista llegó al pueblo cubierto de una costra dorada, el pescador venía como enloquecido, aterrorizado, y mostraba sus manos cubiertas de un polvillo dorado que poco a poco, según me ha referido la gente, se iba extendiendo, tomando solidez, convirtiéndose en una segunda piel dura, metálica casi, de vivo color oro. El pobre pescador no tardó ni tres horas en morir. También convertido en un hombre de oro. Ha habido contagio en Coral Cape, donde sucedió el drama. Pero escaso, porque pronto aislaron totalmente a los afectados. El pescado se tiró íntegramente al mar. Nadie toca nada del pobre pescador ni de los afectados que murieron ya. El bañista, por tanto, según mi teoría, es el primer personaje afectado por la «epidemia de oro», del que tenemos noticias, ya que el caso de Gregor Miller, el piloto estatal de líneas civiles, lo fue más tarde, con una diferencia de horas. Su compañero y rival de líneas, Kurt Harlan, asegura que parecía normal al salir del espaciódromo, donde estuvieron tomando café juntos y fumando un cigarrillo.

Donald preguntó:

—Y ese Harlan, ¿no ha sufrido daño?

—En absoluto. Ni él ni su esposa, Marcia Harlan, se han visto afectados. Por tanto, el contacto con Miller no provocó contagio, a pesar de que pocas horas después Miller se convertía en una estatua de oro, a bordo de su nave.

Callowan lanzó un gruñido y se rascó la cabeza, perplejo.

—Infiernos, Duroc. Este asunto parece una de esas fantasías

estúpidas que se les ocurren a los escritores de novelas pseudocientíficas. No logro entender que ninguna enfermedad le pueda a uno dorar la piel. Ni entiendo que esa epidemia se relacione con un vulgar asesinato. Y mucho menos, el de un agente nuestro como Culver.

—Todo esto es lo que tengo que descubrirle, señor —dijo Duroc lentamente—. Usted me ha preguntado si tenía un principio. Y yo le he dicho que no. Pero por alguna parte se ha de comenzar. Y, por tanto, nada mejor que el bañista de Florida para iniciar la investigación.

—¿Quién era él?

—Nero Fraser. El multimillonario canadiense, «recordman» mundial en mar y aire, con una industria floreciente y una mujer bellísima: Lena Fraser, antigua modelo, y actual directora de su empresa de fabricación de trajes espaciales interplanetarios y demás artículos similares.

—Una mujer de negocios, antigua belleza mundana... y hoy viuda de un multimillonario que, según noticias, fue el primer afectado por la peste dorada. —Callowan meneó la cabeza en forma afirmativa—. Diablo, Duroc, eso me parece una buena cosa, la verdad... Un principio altamente prometedor, en un caso tan complicado.

—Puede prometer mucho... y no dar nada —sonrió Marcel—. En realidad, actuó a ciegas, al azar... esperando lo que pueda surgir de positivo interés.

—Yo empecé también muchos misterios en esa forma, muchacho —le alentó Callowan—. Lo más difícil de un asunto no es el terminarlo, sino saberlo empezar. Le deseo suerte, con toda sinceridad.

—¿Así, pues, señor Callowan, puedo continuar yo mismo con este caso?

—Pero, mi querido amigo Duroc, ¿quién si no? El SIP confía en sus hombres. Y si usted ha empezado el misterio... por favor, muchacho, siga adelante. Y térmelo, si es ello posible...

—Lo será, señor... a no ser que a mí mismo me inyecten ese virus dorado —rió con un macabro humorismo el joven agente francés.

Salió del despacho, con una jovial sonrisa, que no descompuso

lo correcto y disciplinado de su saludo.

Donald Callowan, que había empezado a sonreír, borró de su rostro toda mueca alegre. La última frase de Duroc, aunque dicha al azar y de un modo puramente burlón, le había impresionado. De una forma terrible, sobre todo al recordar al infortunado Dennis Culver.

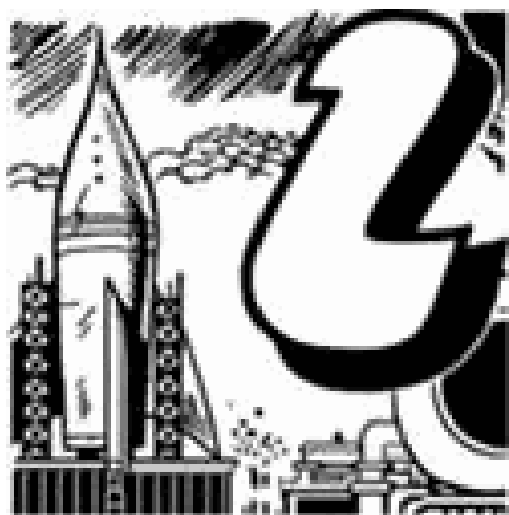
Un agente del SIP siempre corría sus riesgos, ciertamente. ¿Pero no sería demasiado riesgo, el vivir con la amenaza de una mano criminal y solapada, capaz de inyectar a uno un virus escalofriante y mortífero, en cualquier momento de descuido?

«Diablo, ese muchacho puede tener razón» —masculó para sí. Descolgó el interfono, pidiendo: Con el agente Bob Blayton, por favor... Sí, es urgente. Muy urgente, en realidad. Que se presente inmediatamente en mi despacho.

Luego, colgó, bastante más tranquilizado. Pero no del todo.

## CAPÍTULO III

### INAUDITO ENIGMA



Lena Fraser era muy hermosa. También era joven. Lo cual no sorprendió mucho a Marcel Duroc, porque sabía que el famoso millonario y «recordman» deportivo, Nero Fraser, contaba solamente treinta y dos años cuando murió de tan extraña forma ante Coral Cape, Florida.

Lena aún era más joven que el difunto Nero. Quizá cinco o seis años menos. Tenía el cabello intensamente negro, los ojos profundos y reflexivos, la boca sensual, muy roja, y la figura lo bastante sinuosa como para complicar la vida a muchas personas del sexo opuesto, si ella se empeñaba en tal cosa incluso posiblemente sin empeñarse demasiado.

Duroc pasó a su presencia tras salvar los obstáculos de varios departamentos, antesalas, oficinas y empleados. Todos ellos quedaron atrás, los franqueó como si fuesen puertas herméticas,

salvadas con un mágico «Ábrete, Sésamo».

Ese «Ábrete, Sésamo» no era otro que la insignia del SIP. Una llave capaz de abrir todas las puertas.

La viuda de Fraser le contempló fijamente. Estaba en pie. Tras de ella había un gran ventanal, con una vidriera de tres metros de altura. Y detrás, la panorámica impresionante de la gran ciudad, blanca y centelleante bajo el azul.

—Señor Duroc. No todos tienen el privilegio de ser recibidos personalmente por mí —comenzó ella duramente, con sus carnosos labios formando una prieta línea de gran firmeza, bajo la mirada oscura y penetrante—. Espero sea breve, porque mi negocio me necesita. Y mi negocio supone millones. Perder un minuto, significa perder tal vez un millón. ¿Se da cuenta?

—Sí, señora. Y perder a Nero Fraser... ¿qué ha supuesto para usted?

Ella se encogió un leve instante. Fue como si recibiera un golpe inesperado. Lo fintó, sin embargo, con admirable serenidad. Luego, enarcando sus negras y finas cejas, observó con voz premeditadamente lenta y reposada:

—¿Es que eso interesa, al SIP?

—Puede interesarle, señora Fraser.

—Mire, señor Duroc. Nunca me han gustado las relaciones con la policía en ningún caso. Son ustedes, en cierto modo, aves de mal agüero. Sin embargo, no deja de preocuparme el hecho de que se interesen por todo lo nuestro. ¿Qué ocurre con mi esposo? ¿Por qué interviene el SIP en este asunto, lamentablemente tan próximo y tan doloroso para mí, diga?

—Verá, señora Fraser. —Marcel elegía cuidadosamente las palabras. Comprendía que las cosas no eran fáciles, ni mucho menos—. Soy el primero en lamentar de veras que mi labor signifique una renovación de su dolor, un machacar en heridas recientes y profundas. Pero cumplo con mi deber, compréndalo.

—Yo comprendo muchas cosas, señor Duroc. Por eso está usted aquí —la desconcertante, áspera frialdad de la señora Fraser, sorprendía en cierto modo a Marcel—. Hable rápidamente, por favor. No se ande con rodeos. Soy capaz de soportarlo todo.

Y de afrontar todas las preguntas, por difíciles que sean.

—Eso me satisface. Incluso libera un poco mi conciencia del

peso que supone venir a molestarla. Señora Fraser, la muerte de su esposo ha sido sin duda un rudo golpe para usted... y para el negocio, ¿no es cierto?

—Por supuesto —ella se estaba estrujando una mano en otra, nerviosamente—. Nero era algo más que un financiero, un millonario y un cerebro director para la «Fraser Modern Clothes and Co.». Diseñaba los modelos, estudiaba técnica y físicamente los diversos uniformes o trajes espaciales... e incluso hacía las pruebas, en aerocohetes, en canoas supersónicas y en toda clase de vehículos de gran mecanismo y supervelocidad. En concreto, cada modelo lanzado al mercado mundial, era siempre una garantía de seguridad.

—¿Y ahora?

—Ahora... las cosas han cambiado mucho. Yo soy el cerebro que le ha sustituido al frente de la industria. Pero no sé llegar a «recordman» ni alcanzar velocidades impresionantes en ninguna clase de vehículos. Sí he de serle sincera, detesto la velocidad. Sólo en eso no me siento moderna, no soy una mujer de hoy...

—De modo que usted es el cerebro. Pero dígame ahora: ¿quiénes son los demás miembros de esta sociedad, los tentáculos que realizan todo aquello que usted ordena?

—Quiere saber mucho —sonrió ella suavemente. Respiró hondo, y añadió—: Pero no tengo inconveniente en decírselo. Si se refiere a la persona capaz de ensayar los modelos, de probar los materiales, y todo eso le diré que tengo un colaborador capaz de suplir con relativa eficacia a mi difunto esposo.

Marcel preguntó:

—¿Y ese colaborador es...?

—El doctor Hans Wiessel, de nuestra factoría europea de Darmstadt, Alemania. Ahora se encuentra aquí, supliendo a mi marido en ese trabajo. Pero es incapaz de diseñar. De eso se cuida un departamento especializado, con cuatro artistas a su frente. El doctor Wiessel es el encargado de probar los trajes, de efectuar las carreras por mar y aire, para comprobar la eficacia de los modelos creados.

—¿Wiessel conocía a su esposo?

—Oh, claro. Fueron colaboradores en una época. Luego Hans...; bueno, el doctor Wiessel, se trasladó a Europa... Pero dígame, señor

Duroc, ¿qué tiene todo eso que ver con la muerte de mi marido? ¿Qué anda buscando en realidad?

—Mire, señora. Por vez primera, acaso, en la historia de las pesquisas policiales, no ando detrás de un crimen ni de un suceso violento, sino de una simple enfermedad. Una enfermedad nueva y mortífera. La que sufrió su esposo.

—¿Y a cada víctima de esa epidemia le interroga usted así?

—No. Pero su esposo, en tanto no hallemos otros casos anteriores... fue la primera víctima oficialmente conocida, de esa rara dolencia. Por eso nos interesa tanto.

Lena Fraser asintió despacio. Sus dedos, largos y pálidos, peinaron lentamente sus cabellos color de azabache. Luego comentó, con cierta frialdad:

—Todo eso lo comprendo. Pero usted no me ha preguntado nada de la salud de mi marido, de su naturaleza, de lo que yo pudiera saber sobre su estado físico... ¿Por qué?

Marcel Duroc vaciló un momento. La pregunta le ponía en un punto violento, difícil. A pesar de ello, tenía sus recursos para salir de tal dilema. Recursos decisivos, que un agente del SIP no vacilaba en utilizar, llegado el caso.

—Ante todo, quiero saber cómo era su esposo. Tal vez sea el único medio de llegar a descubrir cómo y dónde, le fue inoculada la enfermedad, con quien tuvo el contacto que le acusó la dolencia mortal...

—Eso es algo más lógico, señor Duroc. ¿Qué quiere saber concretamente?

—Esto: ¿dónde estuvo su esposo, antes de ir a Coral Cape?

—No es fácil responder a eso. Yo no dejo nunca la dirección del negocio. En cambio, Nero iba de acá para allá, siempre en busca de ideas, de experiencias para aplicar a nuestra industria —sonrió, sarcástica—. O, al menos, eso decía él...

—Bien, señora. Eso quiere decir que no sabe dónde estuvo.

—No, no lo sé. Tengo idea de que se trasladó la semana anterior a Marte, en busca de ciertas materias vegetales para un nuevo tejido que estaba estudiando. Pero de allí regresó a la Tierra en un vehículo de las líneas comerciales, y sin duda debió de ir a Florida, para, completar su trabajo de alguna forma que no alcanzo a descubrir. Y allí..., allí le alcanzó esa horrible, tremenda muerte...

Reinó un silencio denso. Marcel Duroc inclinó la cabeza, ensombrecido. Ella respiraba entrecortadamente. Parecía emocionada de verdad.

—Comprendo su dolor, señora —declaró tras un silencio el joven agente francés de la Spacial International Police—. Y lamento haberlo despertado de nuevo en mis preguntas. Pero el Departamento de Sanidad Universal del SIP me ha encargado de ello.

—No se preocupe —ella había sepultado el rostro entre sus largas, marfileñas manos. Ahora lo alzó de nuevo, algo más serena sin duda—. ¿Quiere saber algo más?

—Sí, señora Fraser. Usted, que sin duda amaba mucho a su esposo, podrá decirme si...

—Un momento —ella alzó una mano, cortándole de súbito—. Creo que parte de una base falsa, señor Duroc. Yo no amaba en absoluto a mi marido. Es más: le aborrecía. Tanto que hubiera deseado mil veces su muerte.

—¿Qué? —Marcel parpadeó, realmente sorprendido. La miró, por si bromeaba, a pesar de lo poco apropiado de la situación para ello. Pero no: hablaba en serio—. ¿Qué es lo que dice, señora Fraser?

—La pura verdad —declaró ella sincera, rudamente—. Es más. Le diré, señor Duroc, por si también interesa al SIP en esta extraña encuesta sobre la enfermedad de mi marido, que no pienso guardarle mucho luto. Dentro de un mes *me casaré con el doctor Hans Wiessel...*

\* \* \*

Marcel Duroc puso en marcha su turbomóvil. Partió vertiginosamente a través de las líneas aéreas de la ciudad. Detrás suyo quedó el blanco, estilizado y elevadísimo edificio, totalmente encristalado y centelleante bajo la luz solar, de la gran empresa «Fraser Modern Clothes and Co.».

Todavía danzaban los detalles de la extraña entrevista en su mente. La señora Fraser era una singular mujer, tan bella e inteligente, como desconcertante y dura en sus reacciones.

No había vacilado un instante en confesar su inesperado odio

hacia el marido. Y su firme, decidido propósito de casarse con el hombre que había suplido a Fraser en la más peligrosa labor de la empresa, como era la prueba de tejidos y materias. Luego había explicado sus sentimientos con una simple, rápida aclaración:

—Nero era un ser incapaz de amar a nadie, sino a sí mismo y a su vida de riesgo y de peripecias constantes. Me situó en su vida como un objeto más, como un dólar de sus muchos millones, y me trató desde su pedestal de oro. Fue como si algo superior a lo humano le hubiese castigado. Era un orgulloso, inhumano y hermoso Midas, que cuanto tocaba se tornaba en oro... menos yo misma, que seguí siendo de carne y de alma. Pero él no se dio cuenta jamás. Y a Wiessel, el único hombre que me demostró ternura, estimación y bondad, que apreció mi condición humana y femenina en su justo valor, le alejó de mi lado con pretextos, destinándole a Europa. El «gran Midas-Fraser» encontró su muerte ideal: convertido en oro. Como una burla a su eterno sueño de grandezas, a su afán de reunir millones, de amasar oro, por encima de corazones y de sentimientos...

Después de esa apasionante relación, la señora Fraser parecía haber recordado súbitamente que tenía un importante y urgente trabajo que hacer, y cortó la entrevista. Duroc fue despedido cordial, pero tajantemente.

Ahora, conduciendo su vehículo lejos de la gran Empresa Fraser, aún pugnaba por explicarse las pasiones extrañas que habían surgido en torno al primer hombre muerto por la «enfermedad de oro» misteriosamente nacida.

Duroc estaba interesado por lo sucedido.

¿Era realmente una «enfermedad»... o había algo más tras de ella?

Marcel Duroc empezaba a dudar de muchas cosas. Pero luego, al pensar en otros muchos casos dispersos por el mundo, le convencían de que no podía ser otra cosa, sino lo que realmente aparentaba ser. Una nueva enfermedad, terrible y mortífera, de extraña apariencia. Una parálisis mortal, que teñía de oro la piel, endureciéndola.

El caso personal de Fraser, las pasiones desatadas en torno suyo, no eran sino hechos accesorios, elementos secundarios que debía desplazar del caso.

¿O... tal vez no?

Respiró con fuerza, guiando su vehículo por la cinta metálica de la aeroruta. Aquella duda, aquellas vacilaciones, eran las que le preocupaban. Especialmente, cuando recordaba que un hombre, Dennis Culver, agente del SIP, había sido asesinado... muerto por alguien, con una inyección del virus dorado.

Era un asunto fantástico, un misterio realmente alucinante. Sin principio ni fin, sin aparente conexión ni razón de ser... Algo para enloquecer a cualquiera.

De súbito, se vio arrancado de sus pensamientos. De no ocurrir así, ése hubiera sido el último segundo de Marcel Duroc.

Una forma vertiginosa, oscura, apareció ante él con la celeridad y violencia de un bólido. No llevaba luces encendidas, dentro ni fuera. Ni faros, ni luz piloto, ni nada en absoluto. Pero era un vehículo, un aero-turbo de centelleante velocidad, que con un rugido estremecedor se lanzó sobre él.

Marcel Duroc lo descubrió cuando el aero-turbo en sombras doblaba una curva de la ruta aérea. Tuvo el tiempo justo de lanzar una imprecación y presionar una portezuela, saltando al exterior.

Eso era un peligro de muerte casi seguro, porque la aero-pista era de la anchura justa para dos vehículos. Y la velocidad, tan formidable, que precipitaría a Duroc al vacío, desde una altura, sobre los edificios de la ciudad, de casi cien metros.

Sin embargo, cabía una posibilidad entre cien de salvar la vida. Afrontando el choque inevitable dentro del vehículo que ahora conducía, las oportunidades eran nulas. Ni siquiera una entre mil.

El estallido del metal, al encontrarse ambos vehículos, fue formidable, escalofriante. Brotó una llamarada, crujieron los aeroturbos desgajados por el impacto. Luego los dos vehículos saltaron al espacio, hechos añicos...

Marcel Duroc, colgado en el vacío, se aferraba con ambas manos al borde metálico de la aero-ruta.

Su cuerpo oscilaba en la altura, tras haberse zambullido en el abismo, del que sólo le pudo salvar su serenidad, su admirable presencia de ánimo, capaz de sujetarle al borde de la carretera aérea de la ciudad, entre las cúspides de los más altos edificios, y con las calles al fondo, como un entramado diminuto y distante, en el que se estrellaría su cuerpo inevitablemente, si le fallaba la

firmeza en la sujeción, si sus dedos se debilitaban en la férrea presión ejercida para salvarse de la mortal caída...

Por unos momentos Marcel temió perder la firmeza, precipitarse al fondo sin remisión. Las oscilaciones de su cuerpo eran violentas, la presión de sus dedos en el filo metálico de la aero-ruta, realmente angustioso. De su fuerza, de su tenacidad, dependía su vida.

Tras dar varios tumbos por la cinta metálica, los dos vehículos saltaron por encima de su cabeza, para irse a precipitar al fondo, a la lejana calle, en medio de un tremendo caos.

El turbo-móvil que él condujera llegó al pavimento de la ciudad, donde se hizo añicos. En cambio el coche agresor, con la carrocería desgarrada, se enganchó en otra aerovía inmediata, varias plantas por debajo de aquélla en que ocurriera, el desastre, allí se quedó, medio colgado del abismo.

Marcel aguzó la mirada, descubriendo ante su volante, en el interior, una figura reclinada contra los mandos. Parecía totalmente inmóvil.

La caída de los coches le sugirió una idea rápida. Era muy difícil volver al nivel superior. Solamente podía fiar en su pulso, y no estaba muy seguro de que respondiese a su voluntad, en el instante más preciso.

En cambio, existía otra posibilidad. Más arriesgada, mil veces más peligrosa que cualquier otra.

Lo intentó. A pesar de todos los factores en contra tenía que intentarlo, o terminarían por flaquear sus dedos, y rodaría al abismo, a la muerte segura.

Soltó súbitamente el borde de la ruta aérea, tras un rápido cálculo mental, tras una ojeada en la que fijó de forma aproximada la distancia a la aerovía inferior. Luego su cuerpo hendió el vacío, en una zambullida que podía ser su vida o su muerte.

La alarma había sido dada. En la aerovía superior, sobre su cabeza, ya resonaba la sirena de los coches de emergencia, acudiendo al siniestro. Abajo se oyeron gritos de terror, al ver lo que parecía mortal caída del joven agente...

Marcel perforó la distancia a través del aire, viendo oscilar ante sus ojos el nivel sólido inferior. Un salto de más de veinte metros,

que podía fallar por unas simples milésimas, precipitándole hasta el pavimento...

Pero por fortuna el cálculo no falló. De una forma exacta, su cuerpo fue a parar al nivel aéreo donde se hallaba atascado el coche agresor, aquel que produjera la hecatombe. Marcel encogió las piernas, para caer firmemente sobre sus pies flexionados, que amortiguaron el golpe.

Luego rodó sobre la cinta metálica, en espiral, por la que subían ya turbo-móviles sanitarios y de bomberos, para atender al coche en llamas.

Marcel ligeramente resentido por el impacto, se mantuvo encogido unos segundos. Luego se encaminó al coche atacante, para tratar de ayudar al estúpido e inconsciente conductor que se lanzara sobre él, con las luces apagadas, a una velocidad prohibitiva dentro de la ciudad, aun siendo en las vías aéreas, siempre más liberales en velocidad que el asfalto de las calles.

Simultáneamente con él, llegó una ambulancia que se detuvo con chirrido de frenos. Resoplaron sus turbinas de energía, al detenerse. De él descendieron tres hombres con el blanco uniforme cauchutado de la Sanidad Especial para Siniestros. Eran gente que podía penetrar incluso en coches o edificios en llamas, con sus trajes refractarios al fuego y a las más altas temperaturas.

—¡No se acerque usted al coche hasta que nosotros no hayamos entrado! —avisó uno de ellos, ajustándose la especie de escafandra, ovalada, con un visor de duro cristal blindado—. ¡Ese turbo puede estallar de un momento a otro! ¡Apártese!

Marcel pudo haber exhibido su insignia para hacer su voluntad, pero respetaba siempre el consejo ajeno en todo su valor. Dejó que los sanitarios se acercaran al coche con sus uniformes a prueba de todo riesgo. De un modo casi mecánico, descubrió y leyó las fluorescentes letras azules en el dorso de los trajes blancos: «Futser Manufacturing». También el gran creador había realizado aquella magnífica conquista para los Servicios de Sanidad. Evidentemente, Fraser fue un genio en su especialidad. Un genio que no supo ganarse el amor de una bella dama...

Vio trabajar, rápida y eficazmente a los sanitarios. Un extintor de espuma cubrió pronto el turbo, evitando la explosión. Se aisló con hielo espumoso el motor encendido. Luego las manos provistas

de guantes de caucho blanco, herméticas por completo, extrajeron al hombre del volante. Estaba muerto, con una tremenda herida en la cabeza, allí donde golpeará las palancas de los mandos. Sus vidriados ojos claros miraban al vacío sin ver ya nada.

Marcel intentó acercarse a él, para examinarle. Entonces uno de los sanitarios se le cruzó delante, con energía, alzando sus finas y blancas manos enguantadas.

—¡No se aproxime, por favor! ¡La Sanidad Especial no permite que nadie se acerque, mientras examina a una víctima de un siniestro!

Marcel sonrió. Luego exhibió su insignia, y el sanitario balbuceó unas excusas, dejándole paso libre. Sin embargo, Duroc solamente dio un par de pasos. Porque otro de los blancos uniformados de Sanidad, se interpuso ante él. A través del fono-parlor le llegó su voz metálica, dura, muy firme:

—Lo lamento, agente —dijo con sequedad—. A pesar de ser del SIP, no debe usted acercarse a este hombre del turbo-móvil. ¡Nadie puede acercarse a él!

—¿Eh? —Duroc le contempló, perplejo—. ¿Por qué, sanitario? Estoy en el cumplimiento de mi deber y ese hombre trató de matarme, no sé si voluntaria o accidentalmente. Tengo derecho a...

—Señor, no ignoro sus derechos, ni pretendo coartarlos —explicó el otro, con la misma firmeza—. Pero este hombre no debe ser tocado. Ni siquiera nadie deberá aproximarse a él. Solamente nosotros, con nuestros uniformes herméticos y refractarios.

—Pero ¿por qué? —indagó Marcel.

—Porque ese hombre... está contaminado de la «epidemia dorada», señor. Al parecer, le fue inyectada no hace mucho tiempo.

## CAPÍTULO IV

### EN BUSCA DE LUZ



El aerocohete del SIP planeó sobre las pistas de aterrizaje de Coral Cape, Florida. Luego, suavemente, se posó en ellas, hasta que su motor se paró por completo y las ruedas frenaron, ya ante el blanco, alargado edificio del aeropuerto.

No era un aeropuerto muy amplio. Pero en realidad tampoco Coral Cape era un lugar importante que tuviera mucho tráfico aéreo.

Del vehículo descendió un hombre joven, rubio atlético; vestido con deportivo, claro atuendo. Su piel era bronceada, contrastando con la de otros visitantes de Coral Cape, que mostraban en su piel la pálida huella de la ciudad.

Un turbo-taxi le condujo desde el exterior de las oficinas del pequeño aeropuerto, hasta la población. Coral Cape era una ciudad

blanca, pequeña y cosmopolita, con gran cantidad de embarcaderos, muelles y lugares para atracar los yates de recreo y las canoas turísticas. Sin embargo, su mayor extensión portuaria correspondía a la zona pesquera. Después de todo, la única industria de Coral Cape, aparte su fábrica de nitratos, situada en Punta Sur, a pocas millas de la zona portuaria, era la pesca.

El primer lugar que visitó Marcel Duroc a su llegada a Coral Cape fue Torre-Gobierno. Allí estaba instalado el Ayuntamiento local, la Jefatura de Policía, la Fiscalía del Distrito y las instalaciones sanitarias, civiles y judiciales.

Le atendió el doctor Cortezo. Era un amable mexicano, moreno e inteligente, de profundos ojos protegidos por gafas de estilo tradicional. Por lo visto, a Cortezo no le atraían los oculares adheridos al glóbulo del ojo. La coquetería masculina no le preocupaba, y eso gustó a Marcel.

Estrechó la mano del doctor, tras referirle su nombre e identidad. El doctor Cortezo, con su inglés fluido y amable, comenzó a hablar a Marcel:

—Será un placer atenderle, señor Duroc. Nunca imaginé que esto tuviera tal trascendencia, ni siquiera cuando advertí la extraña dolencia dorada...

—Un momento, doctor. —Marcel, haciendo dar un leve respingo de sorpresa al doctor, utilizó el español con perfecta dicción. Sonriendo, añadió:

Domino su idioma lo suficiente. Soy francés, vecino de españoles por tanto, y no me es extraña su lengua.

—¡Diablo, ya veo que no! —Más satisfecho, agitó sus manos cordialmente—. Será mejor así, señor Duroc. Yo conozco el inglés lo bastante, pero me expreso mejor en mi lengua nativa. Le decía que ni siquiera cuando descubrí la epidemia pude suponer que llegaría a interesar a la Spacial International Police. ¿Es que creen que procede de otros mundos?

—Lo realmente terrible, doctor, es que no creemos nada, ni sabemos nada. Estamos debatiéndonos en una oscuridad total, en busca de un poco de luz, aunque sea un leve resquicio nada más. Usted, como médico, ¿qué opina?

—Es difícil exponerlo, señor Duroc —empezó a dar lentos paseos por la estancia—. Verá: cuando me trajeron aquí a los dos hombres,

yo: fui el primer desconcertado. No podía comprender de qué se trataba. Pero en el acto intuí que aquello no era normal. Temí que se tratara de algo altamente contagioso, y ordené el inmediato internamiento de los cuatro hombres que me habían traído a los muertos. Pese a sus protestas, no tuvieron otro remedio que aceptar la medida. Resultó muy atinada, pero nada resolvió. Aquellos hombres murieron horas después, contaminados del «mal de oro». Sin embargo, evité el contagio a unas cuantas docenas de ciudadanos más. Otros lo estaban ya previamente, y no hubo solución.

—¿Analizó usted a los dos muertos, el pescador y el millonario?

—Sí. Me encontré con un virus muy difícil de aislar. Se resiste a toda prueba, como si estuviese realmente vivo. Los virus están vivos, evidentemente, pero yo me refiero a otra especie de vida. Como la racional, por ejemplo. Esos virus parecían resistirse a ser localizados. Pero algo hallé en las vísceras de los muertos: la enfermedad se manifiesta por una pigmentación de color oro, que cubre la piel como un polvillo, y va apoderándose de la epidermis, hasta endurecerla y darle el exacto color que tendría una estatua de ese metal. Pero ésa es la simple apariencia externa. En su interior es una terrible parálisis total, ósea y muscular, que convierte al ser humano en un objeto inanimado, en muy pocas horas. No hallé forma de detener esa dolencia, que puede llegar a ser tan terrible como el cáncer, la poliomielitis, la tuberculosis, y la leucemia lo eran, antes de ser vencidas por la Medicina y la Cirugía.

—¿Pudo imaginar de qué forma se propaga?

—No. No sé qué vehículo utilizará para ello. Puede estar en un alimento, en una bebida, en una planta en un aire nocivo, no sé... Lo cierto es que cada caso puede significar cien, mil casos en potencia. Y multiplicando éstos por otro tanto... encontrará la suma de personas que peligran hoy en día.

—Millones y millones —musitó Marcel, sombrío. Añadió—: La Humanidad entera...

—Eso es. Resulta terrible, ¿no es cierto? Pero ha dicho la verdad exacta.

—¿No le ve remedio?

—Sinceramente..., no. Puede lograrse aislar el virus. Yo estoy trabajando en ello ahora. Crear una vacuna, debidamente tratado

ese virus. Pero es todo muy problemático y a larga distancia. Acaso tenga un antídoto que yo no conozco. Lo cierto es que, si no encontrarnos rápido remedio, estamos perdidos, señor Duroc.

—Ya veo... —Marcel inclinó la cabeza, perplejo, asustado. De súbito, alzó la cabeza. Miró fijamente a Cortezo y le espetó—: Doctor, usted es realmente el primero que ha hallado esa enfermedad de un modo clínico. La ha definido como *auridemia*, ¿no es así?

—En efecto, sí. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Estoy hablando con las personas relacionadas con los primeros casos conocidos. Es evidente que entre Nero Fraser, el pescador Ernie Kraff y el piloto Gregor Miller, de las Líneas Comerciales Civiles del espacio, está la clave del asunto. Fueron los primeros casos. En alguna parte cogieron el virus mortífero. Y la forma en que esto sucedió podría explicar el misterio.

—¿Un misterio clínico que interesa tanto al SIP? —sonrió el doctor Cortezo—. Es raro, ¿no cree?

—No tanto. Le voy a revelar algo que usted ignora, doctor. Usted, que ha sido el primero en tratar esa enfermedad, en estudiar a víctimas de ella... ignora todavía que *hay alguien que tiene ya ese virus aislado... y que lo inyecta a los seres humanos*.

—¿Eh? ¡No es posible!

—Sí lo es. Pero no lo inyectan como vacuna... sino como veneno mortífero. Para matar, doctor Cortezo...

\* \* \*

El barrio pescador era curioso y alegre a la vez. Sus casitas eran pequeñas y blancas, el suelo toscamente empedrado. Uno, en aquel lugar, entre redes y canoas, con las casas enjalbegadas detrás, y el mar abierto delante, se olvidaba del siglo en que vivía, del portentoso y adelantado año 2000, de los avances revolucionarios de la Mecánica y de la Ciencia, para pensar que, después de todo, el mundo no cambiaba tanto. Que había algo eterno y maravilloso, siempre igual, en la existencia de los hombres sobre la Tierra...

Todavía estaba bajo el recuerdo, divertido en cierto modo, de la expresión de asombro del doctor Cortezo, cuando descubrió él aquel factor desconocido del caso. El médico mexicano había expresado

su sorpresa e incredulidad primero. Luego su evidente inquietud, su temor a lo que aquel siniestro hecho significaba y ocultaba. A lo que, sobre todo, hacía temer...

Porque si realmente estaba aislado el virus, si había un ser lo bastante perverso, capaz de inyectarlo..., ¿dónde se podía llegar? Todos los antídotos del mundo, aun en el caso de ser hallados, todas las vacunas habidas y por haber serían inútiles, mientras la mano criminal se dispusiera a crear un caso más, inyectando el microbio. Porque aquel caso significarla otro contagio inmediato, otra ola de epidemia dorada...

Ya había hablado con la señora Fraser y con el doctor Cortezo. Ahora le tocaba el turno a la viuda del pobre Kraff, el pescador. Luego tendría que volar de nuevo a Europa. Buscar al doctor Hans Wiessel, el singular amigo de la señora Fraser. Y a Kurt Harlan, el piloto afortunado, que hablara con Miller poco antes de declararse en éste la epidemia. Alguno de ellos podía revelar algo, un pequeño detalle acaso, que sirviera para ver algo de luz en aquel tenebroso caos.

La vivienda de Kraff y su familia estaba frente a los embarcaderos, en una hilera de humildes edificios blancos. Atardecía cuando Duroc llegó allí. La calle parecía un fantasma silencioso y trágico, mirando con fatalismo oriental hacia el mar, hacia las olas que se rompían, con leve rumor espumeante, en la arena de las caletas próximas, y con mayor ímpetu en las rocas del Cabo Coral, el promontorio cercano, donde se alzaba el faro, rodeado habitualmente del chirrido de las gaviotas.

Marcel Duroc se detuvo ante la casita. Era la que lucía el número 37 en su fachada. Así se lo había indicado un viejo pescador de curtida faz rugosa, y pipa de espuma, apestando a mal tabaco. Había comentado que el 37 de la calle, era el número más solicitado por la gente últimamente. No era de extrañar que periodistas, reporteros, policías y médicos hubieran acudido en gran escala a la casa de la señora Kraff, tras el espantoso fin de su marido, contagiado por Fraser.

Duroc descubrió pronto que el lobo de mar se refería a más inmediatas visitas. Cuando él se aproximaba a la puerta de la casa, ésta se abrió. Salió un hombre. Al ver a Marcel, encogióse como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago. Luego se ajustó

más el sombrero blanco, que el aire de la tarde agitaba con fuerzas, y echó a andar, con la cabeza baja, alejándose de allí.

El rostro afilado, pálido, del hombre, y su largo bigote sobre la boca curvada, resultó familiar en el acto a Duroc. Evocó las fichas del SIP, repletas de rostros innobles como aquél. Los más destacados se hallaban siempre presentes en la mente de un agente del SIP. Eran los «superdelincuentes», como les calificaba Callowan.

Le recordó de súbito. Y le llamó con voz potente por su nombre:

—¡Eh, alto! ¿Qué hace por aquí, nada menos que Skud «El Estelar»?

El hombre enjuto, de blanco traje veraniego y sombrero calado, se paró como si accionara unos potentes frenos en seco. Muy lentamente, volvió la cabeza. Y su rostro no reflejaba precisamente una gran complacencia.

—¿Quién..., quién es usted? —masculló—. ¿Nos conocemos de algo, señor?

—Tú a mí no me recordarás mucho. Pero yo a ti sí, Skud —habló Marcel despacio—. Pero Coral Cape, y sobre todo el barrio de pescadores, es el último sitio en que hubiera esperado encontrarte.

—No..., no le entiendo, señor —sonrió innoblemente, torciendo su boca—. Me gustan los lugares típicos, los...

Duroc dijo:

—Skud, no engañarías ni a un niño de tres años. ¿Qué buscas aquí? ¿Por qué sales de casa de la señora Kraff?

—No tengo por qué darle cuentas —saltó altivamente Skud, irguiendo su cabeza.

—Tal vez cambies de opinión ahora. —Marcel extrajo con rapidez algo de su bolsillo. Mostró a Skud el emblema del SIP. El otro palideció más aún—. ¿Vas a decirlo?

—Eso es distinto —farfulló, dando unos pasos—. Yo... tenía que ver a la señora Kraff, de parte de «*lady Shelton*»...

—¿«*Lady Shelton*»?

—Sí. ¿No la conoce? Es la dueña de muchos garitos. Pero está dentro de la ley.

—¿Conque dentro de la ley? Escucha esto, truhan. «*Lady Shelton*» es una mujer de los bajos fondos, una dama que dirige una pandilla de bribones y se mantiene siempre al margen de la ley, aunque es lo bastante lista para no demostrarlo de forma que se la

pueda echar el «guante». Sin embargo, tal vez ahora sea el momento. ¿Siempre nos hemos preguntado en el SIP de dónde procede la fortuna de «*lady* Shelton?, de donde su dominio de lugares como los bajos fondos de París, Marsella, Londres, Berlín, Los Ángeles, Nueva York y otros sitios de menor importancia.

—Yo no sé nada de eso —arguyó agudamente Skud—. He venido a entregar una cantidad a la señora Kraff, en su nombre, y nada más.

—¿Una cantidad? —Marcel Duroc le miró fríamente—. ¿En concepto de qué, Skud?

—No lo sé. Ella me lo entregó, y dijo que le hiciera el donativo a la viuda del pescador. Supongo que por simple sentimentalismo.

—¿Sentimental... «*lady* Shelton»? —Marcel rió de buena gana—. Me haces reír, Skud. «*Lady* Shelton» es un bicho perverso, incapaz de nada semejante. ¿Qué cantidad ha sido?

—No sé, señor. Iba en sobre cerrado.

—Ya —le miró fríamente—. Ven conmigo. Vamos a ver a la señora Kraff ahora.

—Yo la he visto ya. Y tengo mucha prisa. No tiene motivos para retenerme y...

—¡He dicho que vengas! —rugió Marcel—. Y sin perder tiempo, Skud. Esto no me gusta, y no sé por qué..., pero quiero aclararlo pronto.

Skud, de mala gana, echó a andar junto a él. Llegaron al umbral. Marcel empujó la hoja de madera. El paso estaba franco. Hizo un signo a Skud de que pasara delante. El Truhan asintió. Echó a andar.

Súbitamente, giró sobre sí mismo, con la celeridad de un acróbata. En realidad, lo había sido en circos importantes, antes de elegir el más fácil camino de la delincuencia. Su apodo «el Estelar» le venía tanto de su afición a las acrobacias aéreas como de sus frecuentes pillerías en las naves espaciales, donde cometía sus robos y sus partidas de juego con trampas.

Al revolverse con tan inesperada violencia y celeridad, Marcel quedó momentáneamente desconcertado. En la mano de Skud centelleó algo metálico. Algo agudo, cortante, que descendió con vertiginosa rapidez hacia el cuello de Marcel.

Éste levantó, diestro, una mano. Todos los agentes del SIP eran

maestros en la lucha, en la autodefensa para casos desesperados. Y éste lo era. Un segundo en demorarse, un fallo en el pulso o en la habilidad de la llave, y el arma de Skud se hincaría en su garganta irremisiblemente.

Le aferró la muñeca armada. Le volteó con impresionante rapidez, por encima de su cabeza, y Skud se derrumbó como un pelele sobre el empedrado, a espaldas de Marcel, que giró velozmente, extrayendo su pistola térmica.

Sin embargo, Skud era un enemigo de cuidado.

Y muy ágil en sus movimientos. Nada más golpear el suelo por la violenta llave que le lanzó por los aires y le desarmó, su cuerpo enjuto, dominando el dolor del impacto, se alzó como disparado por un resorte. En su mano asomó ahora un arma peligrosa, una pistola de cañón chato, de granadas explosivas. Disparó al mismo tiempo que lo hacía Marcel.

El agente del SIP hubo de lanzarse de costado, eludiendo el impacto de la granada, que reventó con violencia en el suelo, lanzando un surtidor de fuego y metralla, con sordo estampido. Marcel, pese a su zambullida de costado, sintió que algunos fragmentos del metal reventado le golpeaban en el rostro y las manos. La sangre fluyó de las heridas, pese a que éstas no parecían ser muy profundas.

Pero su propio proyectil térmico había alcanzado al bribón, y éste se derrumbó, con un gemido, dominado por la tremenda fuerza calorífera del proyectil recibido. La reacción interna del impacto de calor era tal que por unos momentos aturdí y dejaba inerte al hombre alcanzado. Era un sistema misericordioso de cazar criminales sin necesidad de matarles.

Skud rodó por tierra. Marcel avanzó hacia él resueltamente. Pero no había contado con la posibilidad, nada de desdeñar, de que Skud no había venido solo al barrio marineró de Coral Cape. Acaso no lo pensó por la misma rapidez vertiginosa de los acontecimientos últimos.

Lo cierto es que, cuando percibió el rumor de pasos a su espalda y quiso volverse era ya demasiado tarde. Una sombra borrosa en las penumbras del atardecer costero alzóse tras él. Duroc levantó su mano armada. No logró disparar, ni apuntar siquiera. Un objeto contundente, pesado, se abatió sobre su cráneo, y se estrelló en éste,

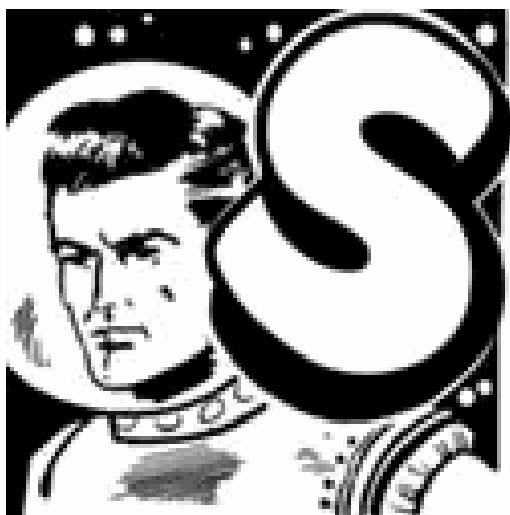
como si un planeta desprendido de los cielos le hubiera machacado.

Ante los ojos de Marcel la oscuridad de la playa se llenó de luces de colores. Los fuegos de artificio crecieron, mientras el dolor de su cráneo se extendía por todo su cuerpo.

Luego pareció acorcharse, las luces se eclipsaron, una densa oscuridad le envolvió, y el suelo empedrado vino violentamente a su encuentro, chocó con él... y Marcel Duroc, agente del SIP, se hundió en la inconsciencia más absoluta.

## CAPÍTULO V

### «LADY SHELTON»



e encuentra bien, señor?

Era una voz melosa, triste y lejana. Marcel Duroc parpadeó, antes de intentar erguirse. Pensó si sería un ángel el que le preguntaba.

Pero no esperaba que los ángeles preguntaran a uno si se encontraba bien. Ni tampoco que en el lugar donde ellos estuvieran se sintiera aquel endiablado dolor en el occipucio. Lógicamente, debería de existir una total, maravillosa dulzura, una ausencia completa del dolor.

Logró erguirse, dominando aquel dolor. Unas manos suaves, a pesar de que su piel estaba curtida, ligeramente áspera, le ayudaron en su intento. Marcel logró afrontar la claridad amarillenta de una luz difusa y descubrió una figura de mujer.

Era una mujer extraña, fatalista, envuelta en negras ropas. Algo

así como la lejana estampa de una mujer antigua de las tierras castellanas de España, de algún pueblo oculto de México, o de una desierta y lúgubre tundra rusa. Una mujer de aire medieval, una mujer de impresionante claroscuro. A pesar de todo ello, tenía cierta suave belleza en sus rasgos morenos y duros, cierta gracia en la rigidez de su estática figura, cierta ternura luminosa en las manos, largas y bronceínas.

—¿Quién es usted? —preguntó Marcel, tras un silencio contemplativo.

—Me llamo Juana. Juana Kraff. Mi marido era pescador. Ha muerto.

Se expresaba con sequedad tajante. No quería ser seca, pero lo era aun a su pesar. Los ojos, oscuros, brillaban como luciérnagas en una ruta de sombras.

—¿Es usted mexicana? —preguntó Marcel.

—No. Cubana. Mi marido era americano. Ha muerto —repitió como una cantinela grabada en un disco—. A usted le atacaron a la puerta de mi casa. Dos hombres. Huyeron.

—Ya. —Marcel se tocó la nuca herida. Retiró la mano, manchada en algo rojo y espeso, sobre cuya naturaleza no le cabían muchas dudas—. Uno de ellos era el que le dio a usted el dinero, ¿no?

—Yo no sé —ella se encogió de hombres, inexpresiva—. Yo no sé nada. Ellos se fueron. Usted estaba allí, herido. Le traje a casa con ayuda de los vecinos. Le atendí.

—Sí, ha sido muy amable, señora. Gracias. —Marcel estudió a la viuda de Ernie Kraff—. Pero es cierto que le dieron dinero, ¿no es eso?

—Hay gente buena en el mundo. Gente que ayuda a otros, señor, últimamente, son muchos los que me han dado dinero.

—Eso a mí no me interesa. Es ese hombre, Skud, el que me interesa mucho. Ese hombrecillo delgado, pálido, de bigotito. El que viste traje blanco y lleva sombrero. Le dio un sobre. Dinero de alguien para usted, ¿no es cierto?

—Ya le he dicho que muchos me ayudan, me dan dinero para sobrevivir. Mi marido ganaba el sustento. Y murió.

—¿Cuánto le ha dado ese hombre? ¿De parte de quién? —contempló el rostro hermético de la mujer. Irritado, extrajo su

insignia—. Mire, señora, pertenezco a la Policía Internacional del Espacio. Andamos detrás de ese asunto. Del que causó la muerte a su marido, ¿sabe?

Ella le miró sin expresión. Parecía lejana, distante como una esfinge.

—Mi marido murió, sí... Pero era enfermedad. Se puso enfermo. Y murió...

Marcel Duroc se puso en pie despacio. Cuando habló, lo hizo en perfecto español, para qué Juana Kraff le comprendiese sin lugar a la menor duda:

—Su marido, posiblemente, fue víctima de un asesinato. Esa enfermedad pudo ser provocada, no contagiada —él sabía que fue contagio, por supuesto. Pero tenía que mentir para despertar los celos, la angustia de la viuda—. Por eso yo, un policía, estoy detrás de ello. Por eso, tal vez, ese hombre le ha traído dinero. Porque quieren compensarla de algún modo de la pérdida sufrida.

Juana Kraff le miró como si no entendiera. Pero entendía. El centelleo fugaz, llameante, de sus ojos oscuros reveló comprensión, reveló un estremecimiento sutil en el fondo de su ser latino y hermético.

—¿Asesinado? —repitió ella con lentitud—. ¿Asesinado? ¿Por qué...?

—No lo sé, señora. Hay manos criminales en esto. Hay un cerebro perverso detrás de todo esto. Pero nadie sabe dónde está, qué piensa hacer ni qué ha hecho concretamente. Pero ese hombre, Skud, trabaja para él. Otros pueden trabajar también. Lo importante es saber quién le envió ese dinero. Y cuánto era. Y por qué se lo enviaron. La Policía debe saber, señora. Y si su marido murió porque alguien atentó contra él... ¿ese alguien debe sufrir sus culpas, a pesar del dinero que le entregase!

Juana Kraff se irguió. Muy despacio, echó a andar a través de la estancia poco iluminada del hogar del pescador. Llegó ante un mueble. Abrió el cajón. Obraba lentamente, pero no parecía dudar. Cuando se volvió hacia Marcel, sostenía en su mano un objeto. Era un sobre. Un sobre cerrado.

—Tome —dijo despacio—. Éste es el dinero que él me dio... No sé cuánto hay. Dijo que era la ayuda de una persona desinteresada, en mi momento de dolor y soledad... Yo lo creí. Otros me dieron

dinero antes. No sabía... No podía saber...

Marcel lo tomó. Ella se echó a llorar bruscamente, sepultando el rostro entre las manos. Mientras sonaban los sollozos, Marcel Duroc rasgó el sobre. Extrajo unos quince o veinte billetes de mil dólares, ligados por una goma. Y una tarjeta adjunta. La leyó...

No había nada impreso en ella. Sólo dos líneas escritas con pluma, nerviosamente:

«Por su dolor y su soledad, una amiga: *LADY SHELTON*».

Era cuanto necesitaba saber. Contempló a la señora Kraff, sacudida por los sollozos. Necesitó mucho valor para decirle suave, penosamente:

—Lo lamento de veras, señora... Creo que me equivoqué. Un error tremendo, que deseo confesarle. Puede gastar ese dinero, utilizarlo en su favor. Su esposo, después de todo, murió víctima de una enfermedad, de un contagio...

Salió de la casa, mientras ella cesaba de llorar y contemplaba con estupor el dinero depositado sobre la mesa. Luego miró a su visitante. Pero Duroc había salido. Se alejaba, ahora bajo la luna, pisando el empedrado de la calle marinera, frente al mar, donde la luz lunar se reflejaba como un surco de plata. La luna podía haber perdido su poesía, desde que era una simple Colonia terrestre, ocupada por ciudades, espaciódromos y vías de comunicación. Pero seguía siendo algo hermoso, visto desde aquella distancia se preguntaba Duroc muchas cosas. Entre ellas, una fundamental: estaba comprobado que el pescador Kraff sufrió la muerte por contagio. Y, sin embargo, enviaban dinero a su viuda. Ni Skud, «El Estelar», ni «*lady Shelton*», la enigmática dama de los bajos fondos, emperatriz del vicio, a quien nadie vio jamás el rostro, eran gente humanitaria. ¿Por qué entregaban dinero a Juana Kraff?

Además, ¿por qué Skud le atacó? ¿Por qué fue agredido por la espalda, y quién le golpeó? ¿Acaso la propia «*lady Shelton*»? Marcel Duroc sentíase confuso, aturdido por la sucesión de extraños acontecimientos que le rodeaban, cada vez con mayor intensidad. El enigma crecía por momentos. Cada paso era uno más hacia la

negrura del misterio inescrutable.

Además, estaba aquel desconcertante ataque en el turbomóvil, en la pista aérea. El conductor había resultado ser un contagiado de la «peste dorada». Pero un contagiado... por medio de inyección hipodérmica. Otro crimen. Y, sin duda, el propio ataque fue... un intento más de asesinato. Trataron de matar a Marcel Duroc. ¿Quién? ¿Por qué? Duroc no lo comprendía.

Tras la muerte de Dennis Culver en Europa, el asombroso misterio crecía. Cada agente del SIP lanzado tras la pista, estaba en peligro de muerte. Y esa muerte acechaba detrás de cada esquina, a cada momento. ¿Por qué Skud y su compinche no le acabaron de rematar? Es lo único que Marcel no comprendía. O tuvo mucha suerte, y los granujas huyeron, asustados..., o Skud tuvo alguna razón para no comprometerse en su muerte, una vez deshecho de su molesta presencia.

Marcel, una vez en el centro urbano de la ciudad costera de Florida, telegrafió a Donald Callowan, a la central de Washington. Le informó escuetamente de todo. Luego cenó en un restaurante playero, situado frente a la enigmática vista de los Cayos bajo la Luna.

Estaba tomando el café y saboreando un cigarrillo con fruición, perdida su vista en el mar, cuando la voz sonó a sus espaldas:

—Mi querido Marcel, ¿qué es de tu vida en Coral Cape?

Se volvió en redondo, realmente aturdido. El cigarrillo escapó de sus labios, a causa de la gran sorpresa experimentada.

Gritó, a la vista de la persona erguida ante su mesa:

—¡Esther! ¿Qué haces tú en Coral Cape?

Esther Hoffman, reporter del «París-Telepress» y del «Berlín Neuifpost», reía alegremente. Rubia y bellísima como siempre. Encantadora en su traje de «cóctel», verde esmeralda, que tan opuesto parecía a su famosa cámara fotográfica, a su «bloc» de notas y su temible lápiz, eco de la chismografía mundial más sensacionalista.

Ella le estrechó la mano, con auténtica cordialidad de camarada. Duroc la invitó a ocupar un asiento en su mesa, y Esther aceptó risueña, Marcel interrogó:

—Pero ¿qué endiablada casualidad nos une a ti y a mí siempre? La última vez te encontré en la Riviera. Anteriormente, había sido

en Brasilia. Ahora, en Florida. ¿Es que sigues mis pasos a través del mundo?

—No seas presuntuoso —rió ella—. Sólo sigo la noticia. Y, al parecer aquí la hay.

Marcel preguntó:

—¿La peste dorada?

—Sí, Marcel —el gesto de ella se ensombreció ligeramente—. Tú también, ¿verdad?

—Eso es —la estudió, burlón—. ¿Recuerdas el día que nos encontramos en Brasilia? Entonces seguías el caso de los narcóticos marcianos y los piratas del espacio. En aquel asunto, una vieja amiga nuestra estuvo mezclada. Pero se nos escapó de entre los dedos misteriosamente. ¿Lo recuerdas?

—Claro. —Esther rió, divertida—. La condenada «*Lady Shelton*». Esa mujer parece un fantasma. Uno cree tenerla acorralada... y se escabulle como una anguila.

—Pues bien, Esther. Ahora también está metida en este jaleo.

—¿Eh? —Ella abrió enormemente sus ojos—. ¿Qué diablos dices, Marcel? Eso es una enfermedad más o menos fantástica, ¿no? ¿Qué tiene que ver esa misteriosa dama en ello?

—Será una enfermedad, Esther, pero hay casos provocados artificialmente por alguien a base de inyecciones mortíferas del virus de la «peste dorada».

—¡Oh, no!

—Sí. Y hay más aún. Se ha asesinado a un agente del SIP con ese virus. Se ha intentado repetir el juego conmigo. Y un tipo huidizo, un Truhan a quien conocerás de nombre, llamado Skud, me atacó, derribándome con ayuda de un compinche, para escapar a mis manos.

—¿Skud «El Estelar»?

—Eso es. Pero Skud me confesó algo. ¿Sabes el qué, Esther? Que trabaja para «*Lady Shelton*».

—¿Él? —El estupor se reflejó en la voz de Esther Hoffman—. No lo creo...

—Tampoco yo lo hubiera creído, de no ver que el dinero que recibió la viuda del pescador Kraff procede de «*Lady Shelton*», y Skud se lo dio. No sé lo que hay en todo esto, Esther, pero no es nada bueno, ni claro. Podrá existir una enfermedad, una auténtica

epidemia..., pero alguien la está utilizando en su propio beneficio.

—Oye, Marcel, todo eso es muy interesante. ¿Puede publicarse sin inconveniente?

—Creo que sí. Conviene que la gente esté alerta. El viejo Callowan no tendrá inconveniente en ello, estoy seguro. Puedes añadir algo, más en tus crónicas: di que Marcel Duroc, agente del SIP, tiene una teoría muy importante, y que anda muy cerca de descubrir la verdad que oculta este asunto de la epidemia.

—Marcel, eso será tanto como echarte los perros encima, ¿no crees?

—Es lo que espero y deseo, Esther —rió el joven agente francés con aire belicoso—. Atentaron contra mí cuando no lo esperaba. Si esa «Lady Shelton» o quien sea sigue empeñada en deshacerse de mí, ahora va a ser muy diferente. No encontrarán a un tipo indefenso y confiado, sino a un hombre alerta.

Y a todo el SIP detrás...

—Está bien. Lo publicaré, si es tu gusto, pero sigo pensando que es una auténtica locura por tú, parte servir de cebo al peligro que te acecha...

—Eso es cosa mía, Esther. Déjame que juegue un poco mi propio juego. Y ahora, olvidemos todo eso. ¿Quieres tomar conmigo una botella de champaña? Será un recuerdo inolvidable para mí, el de esta noche en Florida, frente al mar y la Luna, bebiendo burbujas de color oro junto a una mujer maravillosa como tú.

—Gracias, Marcel —suspiró ella—. Todavía hay hombres románticos en nuestro materialista mundo de hoy. ¡Eso es realmente maravilloso... y acepto tu botella de champaña!

—Estupendo, Esther... Brindaremos por un próximo encuentro...

—Sí, Marcel —sonrió ella, con el brillo de la luna reflejado en sus ojos color ámbar—. Por un encuentro cercano... tan magnífico como éste.

—Y, tal vez, porque un día aceptes ser mi prometida, te cases conmigo y dejes el periodismo.

—¿Y tú el SIP? —Ella rió suavemente—. No, Marcel. Creo que ninguno de nosotros sería capaz de vivir sin ello. Tal vez signifique más en nuestras vidas el periodismo o el crimen que el amor y la existencia en común. No hemos nacido para amar, Marcel. Solamente para ocuparnos de las complicaciones ajenas. Y eso es lo

único que tenemos tú y yo en común.

—Esther, toda la vida no puede uno estar pendiente de los demás. Alguna vez se ha de pensar en sí mismo.

—Otro día, Marcel —ella suspiró. Estaba bellísima, cautivadora, a la luz de la luna de Florida—. Ahora, brindemos por ese día futuro... y deseémonos suerte y larga vida en nuestra azarosa carrera. ¿No es suficiente?

—Por ahora... tal vez sí —admitió Marcel, derrotado una vez más.

\* \* \*

El recuerdo de la noche de Coral Cape; con champaña, luz de luna y rumor de agua sobre la arena, era ya apenas eso: un recuerdo en la mente de Marcel Duroc, mientras el joven agente francés del SIP volaba a través del Atlántico hacia Europa.

En América no parecía haber mucho más por ahondar. La señora Kraff nada sabía. Y si bien había obtenido la inesperada pista de Skud y su sorprendente ayuda financiera a la viuda del pescador, ahora sería preciso buscar a otros personajes del dramático enigma de la «peste dorada». Los telediarios de última hora, en las pantallas televisoras del Continente americano, se extendían en más y más casos aparecidos por doquier. Todos mortales. Todos con la misma extraña, espeluznante apariencia de la piel dorada. Los médicos no hallaban el antídoto. Los investigadores no lograban aislar el virus, para obtener la vacuna. El terror a la peste de oro empezaba a extenderse por el mundo entero.

Marcel, durante el vuelo supersónico sobre el Océano, iba pensando en «*Lady Shelton*». La enigmática mujer, auténtica dictadora de los bajos fondos internacionales, y hasta entonces cuidadosamente alejada de toda culpabilidad que trajera consigo derramamiento de sangre, tenía su cuartel general en una ciudad europea. Marcel no sabía si esa ciudad podía ser Berlín, París, Hamburgo o Marsella. Pero estaba convencido de que una de esas ciudades guardaba el secreto de la misteriosa mujer, a la que ni siquiera sus más inmediatos esbirros conocían tal y como realmente era.

Además de intentar descubrir el nexo de «*Lady Shelton*» con el

misterio, le era necesario hablar con el doctor Hans Wiessel. Y a Kurt Harlan, el piloto comercial.

Después de todo ello, acaso encontrara más fácilmente una pista..., o se vería más complicado que nunca en el enigma.

Kurt Harlan era un hombre bronceado, atlético, de cabello intensamente rojo y ondulado, rostro cubierto de pecas sobre el color yodo de su piel, y vestimenta peculiar en los pilotos espaciales. Pero le gustaban los colores detonantes, y ese uniforme espacial era de un vivo, deslumbrante color verde, con adornos e insignias rojas y amarillas.

Contempló a Marcel Duroc con sonrisa cordal en el rostro juvenil. Los ojos, pardos e inteligentes, estudiaron al joven, sobre el fondo de pistas de despegue, ruido de reactores y disparar de turbinas nucleares, que impulsaban a las naves comerciales de la empresa «Rutas Unidas Planetarias», rumbo al inmenso azul de los espacios siderales, hacia el planeta Marte y los Satélites y Estaciones Artificiales intermedios, instalados por el hombre en los cielos, desde que comenzó la conquista del Cosmos por el ser humano.

—¿Miller? ¿Gregor Miller dice usted? —asintió con la cabeza, mientras un gesto sombrío alteraba sus facciones—. Sí, ¿cómo no iba a conocerle? Era un gran muchacho. Pertenece a una empresa rival. Pero, en el fondo, las dos empresas y nosotros, sus pilotos, hemos sido amigos entrañables. Nos causó un gran dolor lo de Gregor. Llegué a pensar si sería una dolencia del espacio, porque nada sabía de lo ocurrido en Florida, ni de los casos posteriores.

—¿Una dolencia espacial? —Marcel frunció el ceño—. Pudiera ser, Harlan, No ha dicho usted ninguna tontería. Pero creo que nadie ha pensado seriamente en ello.

—Escuche, Duroc. Eso era una simple idea previa. El pescador aquel no viajaba por el espacio...

—Pero Fraser, sí. Era hombre habituado a los «récords» de velocidad por mar y espacio. Se remontaba a grandes alturas. Si cogió esa enfermedad, pudo transmitirla al pescador por contagio. Miller también pudo sufrirla allá arriba.

—¿Y nosotros, entonces? —sugirió Harlan—. Viajo cada día por los espacios. Y nada me ha sucedido...

—No es concluyente. Pero puede tener su valor, ciertamente. Dígame, Harlan, ¿parecía Miller anormal por alguna razón cuando

estuvo con usted en el bar del espaciódromo, tomando café?

—No. En absoluto.

—¿Hubo algún contacto directo entre ustedes? Un roce, un apretón de manos, algo así, quiero decir...

—Sí. Siempre nos despedimos de un modo similar los pilotos. Recuerdo que le deseé suerte y apreté su mano. Creo recordar también que me ofreció un cigarrillo.

—¿Y lo aceptó usted?

—Pues... sí.

—Oh... —Marcel Duroc quedose perplejo—. No lo entiendo, la verdad. Hubo contacto entre ustedes, y nada ocurrió. Luego, en el viaje, Gregor Miller fue afectado por esa peste mortífera. ¿Dónde y cómo fue inoculado, si cuando tuvo el roce con usted no lo llevaba consigo, ya que está demostrado a toda prueba que su contagio es inmediato y rápido?

—Sólo cabe una respuesta —sonrió Harlan—: Durante el viaje.

—Es la misma que yo me he formulado a mí mismo —asintió Marcel—. Y eso abre toda una enorme amplitud de nuevas posibilidades. Creo que con Miller viajaba *algo* o *alguien* capaz de inocularle el virus mortal. Y que cuando Miller regresó a la base de Satélite K, ya totalmente en crisis, al borde de la muerte... ese «algo» o ese «alguien»... había desaparecido.

—O desapareció al tocar el Satélite, sin que nadie lo advirtiera..., porque nadie se cuidó de buscarlo —sugirió Kurt Harlan, pensativo.

—También es una teoría plausible. —Marcel estrechó la mano al joven piloto de las líneas comerciales—. No echaré en saco roto sus indicaciones, Harlan. Le doy las gracias por todo, muchacho. Y si encuentro algo, le informaré.

—Sí, por favor —el tono de Kurt Harlan se hizo firme, vigoroso. Su expresión era amarga—. Gregor era un gran chico. Encuentre usted a quien hizo eso, si realmente ha sido como el SIP cree, un acto criminal, inoculando artificialmente el virus a un ser humano. Sería el más horrendo, cobarde e inútil crimen de la historia delictiva...

—Ciertamente, mi querido Harlan —sorprendido, Marcel cambió una mirada brillante con el piloto—. Acaba usted de darme otra respuesta inquietante a mis preguntas.

—¿Cuál, Duroc?

—La de que estos crímenes, además de horrendos..., *parecen completamente inútiles*. Y eso me asusta. Me asusta mucho, Harlan, porque si son inútiles... *¿adónde vamos a parar con ellos?* Y... ¿qué buscan sus autores?

Kurt Harlan expresó con un encogimiento de hombros su total desconcierto en el asunto. Marcel le estrechó la mano. Luego alejóse. Pero antes de irse, se detuvo, giró sobre sí mismo y preguntó a Harlan:

—¿Ha oído hablar de «Lady Shelton»?

¿«Lady Shelton»? Por supuesto. Es una gran emperatriz del «hampa», ¿no?

—Eso es. ¿Y de Skud?

—¿Skud, «El Estelar»? Ese bribón ha perjudicado muchas veces con sus piraterías y granujadas a las compañías de navegación comercial interplanetaria. ¿Por qué me lo pregunta, Duroc?

—Porque los dos pájaros parecen haberse hallado. Me parece, sencillamente, una alanza absurda y sin sentido. Skud es un rufián; «Lady Shelton», una dama, a pesar de que rija una banda de tahúres y bribones. Skud no dudaría en mancharse de sangre. «Lady Shelton» nunca pareció derramar una gota... hasta ahora.

—¿Cree que ella está mezclada en esto?

—¿Qué opinaría usted, Harlan?

—No sé... ¿Va a buscar a «Lady Shelton»? Será una labor difícil.

—Lo sé, Harlan. Por eso buscaré primero a Skud. Él me guiará hasta la misteriosa dama... esté donde esté.

Sin añadir más, se alejó del espaciódromo de Hamburgo, donde tenía su terminal la empresa comercial interplanetaria de Kurt Harlan. Sólo le faltaba hablar con el doctor Wiessel, el segundo de Fraser. Incluso el segundo en la vida de Lena Fraser, aunque en su corazón fuera el primero.

Y, sin embargo, Marcel Duroc reconocía que estaba aún en tinieblas. Las más absolutas tinieblas. El misterio seguía siendo un misterio.

Quizá más que nunca...

Encontró a Skud «El Estelar» mucho antes de lo que esperaba. Y en un lugar donde nunca hubiera imaginado hallarlo.

Marcel Duroc, durante su breve estancia en Hamburgo, antes de partir hacia Berlín, se alojó en el «Siglo XXI Espaciotel», un hotel lujoso y moderno, provisto de grandes pistas de despegue y aterrizaje de turbonaves, y aparcamientos espaciales en su terraza superior.

Allí tenía Marcel aparcado su aeromóvil. Subió a él aquella misma noche, pocas horas después de su entrevista con Kurt Harlan. Se dirigía a Berlín, para entrevistarse con el doctor Hans Wiessel, el último que figuraba momentáneamente en su lista.

No hizo más que abrir la portezuela para sentarse al volante, cuando descubrió a Skud. Con su sonrisa torcida, su bigotito fino y su halconada nariz, su rostro enjuto, más lívido que nunca...

Estaba encogido en un rincón del vehículo, junto al volante. Ahora no podía temer agresión alguna por su parte. Estaba muerto.

Pero no utilizaron con él la epidemia dorada, El crimen fue más brutal y violento. Tenía una daga hincada en el corazón. Solamente asomaba su empuñadura, y la sangre había empapado sus ropas claras e impecables.

Prendida a su solapa, había una tarjeta. Marcel no necesitó arrancarla para leer lo que decía en ella, con la misma nerviosa letra que viera ya en un fajo de billetes de mil dólares, allá en Florida:

«SKUD HA MUERTO POR CHARLATAN. TOME USTED EJEMPLO. “*LADY SHELTON*”».

## CAPÍTULO VI

### PRISIONERO



Donald Callowan lanzó una imprecación violenta.

Luego estrujó su cigarro habano en el cenicero, aullando con ira:

—¡Que me cuelguen del árbol más alto de los Estados Unidos y me coman cien buitres después si vuelvo a probar el tabaco, en tanto no sepa quién diablos utilizó esa peste maldita para asesinar, quién mató a Skud, quién es «*Lady Shelton*» y quién...! ¡Infernos nunca hubo caso alguno del que supiera menos cosas y en el que tantas se quedaran sin explicar! Todo parece preparado por una pandilla de orates, para volverme loco a mí también... y no digamos al pobre Marcel, que debe de estar desquiciado por completo.

Su secretarla le contempló atentamente. A Callowan le disgustaba aquella muchacha que había venido a suplir a la joven

Mulders, una bella muchacha alemana que le dejara para contraer matrimonio con un agente del SIP, durante el alucinante caso de la «Hermandad Negra»<sup>[1]</sup>. Por ello le irritó más todavía su presencia pasiva, como asustada de su violenta reacción.

La estudió de hito en hito, mordisqueándose el labio inferior nerviosamente, como le ocurría con frecuencia al dejar de fumar.

—¿Qué mil diablos mira usted, señorita Belton? —interrogó enfurecido.

—Nada, señor... Perdone usted, pero creí que...

—No crea nada, y haga el favor de largarse a su trabajo cuanto antes. No quiero ver a nadie. ¡A nadie! —Pegó un resoplido cuando la puerta sonó tras la asustada muchacha. Luego, contempló apenado la punta aplastada de su cigarro. Lamentaba hacer la promesa de no fumar. Pero era algo que siempre le había dado suerte. Los casos en los que su fuerza de voluntad fue suficiente como para sostenerse sin fumar, se terminaron resolviendo. Tal vea este de ahora se apiadase también de él, y el SIP lo pasara pronto al archivo de casos resueltos.

Recopiló los informes telegráficos de Marcel Duroc, desde Florida, Europa, Ámsterdam... Luego los contempló lastimosamente. No había encontrado cosa alguna aprovechable en ellos. No le sorprendía. Si Marcel, un agente astuto y hábil como pocos, había fracasado hasta el momento en sacar conclusiones de los hechos conocidos, él no podía tener mucha mejor suerte.

Creía en Marcel, estaba seguro de que el joven francés era el hombre ideal para aquel caso. Si es que había hombre ideal alguno en un asunto tan enrevesado y complejo, tan fuera de lo común.

¿Contra quién estaban luchando? Contra una enfermedad incurable. ¿Qué motivos existían tras esas muertes, si realmente eran premeditadas en algunos casos, y realizadas por una inteligentísima mano valiéndose de un virus? ¿Qué descubrió Dennis Culver, el hombre británico del SIP, para ser asesinado? ¿Qué era lo que pudo aportar Skud, para que le mataran tan brutalmente? ¿Dónde se refugiaba la siniestra «Lady Shelton», y quién era ella? Todavía existían otros cientos de preguntas, que Callowan se resistía a formularse, por no sentir más desánimo del que ya experimentaba.

Ahora, Marcel estaría en Berlín, interrogando a Hans Wiessel, el

doctor amigo de Fraser, que según rumores, iba a casarse con la viuda del famoso millonario. No sabía lo que podía surgir de aquel nuevo intento. Dennis Culver había muerto precisamente en el aeropuerto de Londres... justamente a su regreso de Berlín en aerocohete intercontinental. No llegó a tiempo de referir lo que hubiera descubierto, a sus jefes del SIP radicados en la sede británica de la Spacial International Police.

¿Estaba en Berlín la clave del enigma? ¿Sería capaz Marcel de dar con el punto crucial de aquel misterio? ¿Representaba algún importante papel Wiessel en el desarrollo de la dramática epidemia dorada?

Donald Callowan se oprimió la cabeza, apoyando ambas manos en sus sienes. Estaba febril, excitado. De buena gana hubiera encendido otro cigarro, para calmar un poco sus nervios con el humo aromático.

Pero recordó su formal promesa. Y se repitió a sí mismo:

«No... Eso nunca. Fumaré mi primer habano... cuando esto se haya resuelto».

Y Callowan, siempre cumplía sus promesas.

\* \* \*

Después de imaginarse de algún modo al doctor Hans Wiessel, uno se llevaba una gran sorpresa al conocerle.

No era como podía esperarse, ni mucho menos. Wiessel era joven, posiblemente un hombre que no había, rebasado aún los cuarenta años. Su cabello entre negro y gris, con el salpicado de dos lunares blancos, que aumentaba su masculino atractivo, su tez color bronce, sus ojos vivaces y oscuros, su porte severo y deportivo a la vez, bajo la corta bata blanca de su uniforme de trabajo en la «Fraser Manufacturing, European Branch», formaban un conjunto sin duda fascinador para cierto tipo de mujeres. Y en ese «cierto tipo», Marcel situó en el acto a Lena Fraser, la viuda del millonario «recordman».

—Marcel Duroc, del SIP —recitó lentamente Wiessel, contemplando al joven visitante con expresión de águila—. Eso tengo entendido que es algo policial, ¿no?

—Exactamente, Policía Internacional del Espacio —informó

Marcel.

—Ya. ¿Y qué tengo yo que ver con ustedes, mi joven amigo? — La pregunta de Wiessel era suave, de una amabilidad sorprendente. Parecía dispuesto a prestar todo su apoyo a Marcel en las pesquisas, para que no entendiera bien lo que buscaba.

—Usted, nada, doctor Wiessel... Pero se relaciona en cierto modo con la primera víctima conocida con la «peste dorada» o «auridemia», como la llaman ya en todo el mundo.

—¿Esa primera víctima fue Nero Fraser?

—Sí.

—Ya. Creo que empiezo a entenderle mejor —sonrió benignamente e hizo un gesto—. Siga por favor. Haré cuanto esté en mi mano para ayudarle. Al menos, por gratitud al recuerdo de Nero.

—Doctor Wiessel, no me gustan los rodeos ni las hipocresías —advirtió Marcel. Y cargó acto seguido—. ¿Usted estimaba sincera, lealmente, a su amigo Nero Fraser?

—Le agradecí. Fuimos amigos. Pero eso fue hace tiempo. Como usted dice, no están bien las hipocresías. El hecho de que esté muerto, no altera en sustancia las cosas. Lo cierto es que últimamente no nos llevábamos bien.

—¿Por qué?

—Usted parece saberlo, señor Duroc —la risita sibilante de Wiessel molestó a Marcel. Era un hombre astuto y agudo—. ¿O no ha hablado aún con la señora Fraser?

Marcel se mordió los labios. Tuvo que afirmar, y Wiessel sonrió de nuevo.

—De modo que la situación es clara. Usted amaba a Lena Fraser. Y ella a usted —refirió con despiadada crudeza—. Les estorbaba, pues, Nero Fraser.

—¡Un momento! —La mano del doctor se alzó vivamente. Su gesto endureció, y al hablar lo hizo con voz chirriante, poco amistosa—: Usted altera los hechos. Yo apreciaba y respetaba a la señora Fraser. Ella me tenía afecto. Fraser era un estúpido como hombre. No supo tratar a Lena... y ella se desvió. Tampoco intentó nunca recuperarla, Estaba demasiado poseído de sí mismo. Hemos evitado cualquier equívoco enojoso o indigno. Pero ahora, Lena es libre ya.

—Sí, es libre. La muerte de Nero Fraser ha sido una gran suerte... para ustedes dos.

—¿Qué insinúa?

—Nada, doctor. Una pregunta en otro terreno: ¿es cierto que un hombre llamado Dennis Culver, compañero mío, le visitó hace algunos días, para interrogarle?

—¿Dennis Culver dice usted? No, no, es usted el primer agente del SIP que viene a verme y... ¡Un momento! Culver... ¿ha dicho Culver? ¿Un joven inglés, de pelo rojizo?

—Sí —ávidamente, Marcel se inclinó hacia él. Acaso, por fin, iba a hallar algo concreto—. Estuvo aquí, ¿verdad?

—Estuvo, ciertamente. Pero no como agente del SIP. Declaró llamarse Dennis Culver y ser inglés, eso sí. Pero añadió que era inspector de motores y mecanismos aeronáuticos y astronáuticos, de la Federación Espacial. Parecía sincero y le creí. Estuvimos charlando de motores, de naves deportivas del espacio, de vuelos comerciales, científicos y militares, de los «réconds» de Fraser, de sus últimos vuelos y experimentos, de su perica como piloto, de su relación de «réconds», de los míos propios... Le di una serie de datos, pareció satisfecho con todos ellos, y se retiró. Pero jamás dijo que fuera del SIP. ¿Por qué ocultó eso?

—Nunca lo sabremos. Culver murió poco después de verle a usted, en su vuelo Berlín-Londres. Le inocularon el virus de la «Auridemia». No reveló nada a nadie.

—¡Cielos! —Wiessel parecía asombrado. Miró a Duroc con calma—. Usted... ¿no pensará que yo tenga nada que ver en eso, verdad?

—No, doctor. No pienso nada aún. Estoy tratando de ver algo claro en este lío. ¿Podría facilitarme a mí los mismos datos que entregó usted a Dennis Culver entonces?

—Creo que sí —sonrió Wiessel—. Le hice escribir una relación a mi máquina eléctrica automática. Pero saqué copia. No era una cuestión oficial, y sin embargo, la rutina me hizo sacar esa copia. ¿La necesita realmente?

—Sí, por favor. Y perdone si alguna pregunta mía le molestó. Pero todos y cada uno de los personajes de mi caso, me resultan sospechosos.

—¿Yo también?

—Usted era el primero, antes de verle.

—¿Y ahora que me ha visto?

—A pesar de todo, y aunque me de esa relación... sigue siéndolo, doctor.

—No me cabe duda —suspiró Wiessel, encaminándose a su archivador mural—. Es usted un tipo terriblemente sincero, Duroc...

\* \* \*

Sentíase fatigado. Pero satisfecho también. Llevaba consigo aquella relación mecanografiada. La misma que recibiera Culver, fingiéndose un funcionario de la Federación Europea de Navegación Espacial.

Su instinto, una fugaz corazonada, le había hecho preguntar por Culver, precisamente al hombre menos de fiar de su lista de testigos o personas relacionadas con la epidemia mortífera. Si Wiessel tenía algo que ocultar, le habría dado una relación falsa o algo que no tenía peligrosidad alguna. Si era inocente por completo... tal vez el arma secreta de Culver, por la que fue asesinado, volvía a estar en poder del SIP. Pero para tener eficacia, había de llegar a Washington o a alguna de las sedes internacionales de la Organización.

Se estremeció, pensando en Culver. El mismo peligro podía cernerse sobre él. Había comprobado, en el hallazgo del cadáver de Skud en su aeromóvil, aparcado en Hamburgo, que los asesinos eran capaces de llegar a todas partes, y con terrible eficacia.

Cuando el soberbio edificio de la factoría de la «Fraser Manufacturing» quedó atrás, y su aeromóvil marchó vertiginosamente a través de las amplias avenidas berlinesas, Marcel Duroc deseaba correr, apresurarse más que nunca, llegar a algún sitio donde entregar aquella relación, donde consultar el caso.

El presentimiento de un funesto peligro, muy cercano, le asaltaba con inquietante frecuencia durante el trayecto hacia el espaciódromo, donde tomaría una nave intercontinental de gran velocidad, para salvar el Atlántico en una hora escasa, y posarse en Washington, donde el jefe del SIP, Callowan, estaría esperando impaciente sus nuevas.

Puso en funcionamiento la pantalla televisora del automóvil. Se encendió el recuadro fluorescente, y apareció un locutor transmitiendo las noticias de actualidad.

La imagen en color y tridimensional, se expresaba con celeridad. Pero las noticias distaban mucho de ser alegres:

—... por cuya relación anterior, señores telespectadores —estaba diciendo—, comprobarán que la «Auridemia» o terrible «peste dorada», aumenta por momentos, y ya puede decirse que todos los países y continentes tienen afectados en gran número, cuya vida dura, desgraciadamente, muy pocas horas. Los casos se aíslan rápida y eficazmente por las fuerzas especiales de Sanidad desplegadas por doquier, los equipos de inmunidad contagiosa se reparten a la mayor velocidad posible, pero aun así, si en breve no hallan nuestros científicos una vacuna o antídoto eficaz, es de temer que la «peste dorada» termine con todo vestigio de vida en la Tierra, en el término de escasas semanas. Por otro lado, la Oficina de prensa del SIP nos ha comunicado un boletín, por el cual se ofrecen actualmente hasta quinientos mil dólares de recompensa por la pista que pueda conducir al arresto o identificación de la famosa delincuente conocida como «Lady Shelton». Esta misteriosa dama está acusada del asesinato de Skud «El Estelar» y también de la posible participación en algunos casos de epidemia dorada, creada artificialmente por inoculación del virus en, personas vivas. Estamos pues, señores, ante un desconcertante caso criminal, el primero en la Historia, de ser cierto que...

Marcel cerró el televisor. Le aburría el boletín, ahora que había escuchado la información de auténtico interés. Callowan parecía partidario de dar publicidad, mucha publicidad al asunto, rompiendo su norma de discreción habitual.

Marcel Duroc comprendía sus razones para ello. Callowan estaba desconcertado como él, luchaba a ciegas, y quería provocar algo, una crisis en alguien, a fuerza de lanzar sensacionalismos, de no ocultar nada a nadie. Era un esfuerzo desesperado, probablemente tan inútil como todos los demás. Pero había que probar fortuna de cualquier modo que fuese.

Enfiló Duroc la recta arboleda que conducía al espaciódromo berlinés. Era el único vehículo, y pudo acelerar a su gusto. La doble hilera de árboles desfilaba rauda a ambos lados del aeromóvil.

Detuvo su vehículo frente al edificio del aeropuerto espacial e intercontinental, y dejó aparcado el aeromóvil de alquiler en su zona reservada al efecto. Luego, echó a andar hacia la entrada al

espaciódromo.

Estaba en medio de la plaza circular, cuando zumbó un motor a su espalda. Marcel se volvió en redondo. La registradora-robot de infracciones de tráfico, encendió la luz roja del semáforo automático, cuando un turbomóvil penetró a velocidad inaudita en el sector circular destinado a peatones.

Marcel se echó atrás, comprobando demasiado arde que no tenía escapatoria. Por poco que tardara la patrulla aérea de Tráfico, a la llamada de emergencia, sería tarde para salvar su vida amenazada por un turbomóvil negro, sin matrícula, que se abalanzaba sobre él en derecha.

Duroc desenfundó su pistola lanza-llamas, dispuesto a incendiar el vehículo, en un intento desesperado por librarse al mortal atropello. Estaba seguro de que aquello no era un accidente puramente casual, sino algo premeditado fríamente por alguien.

El turbomóvil negro frenó en seco ante él, suspendido en el aire, sin tocar el suelo. Marcel alzó su arma, instintivamente. Pero la bajó en el acto, cuando por la ventanilla del vehículo, descubrió a alguien amordazado y ligado dentro del aeroturbo.

—¡Esther Hoffman! —gritó, sorprendido.

Era ella. Una mordaza de goma cubría su boca. Ligaduras plásticas se cerraban en torno a su figura juvenil y esbelta. Junto a ella, un hombre enmascarado empuñaba un arma electrónica, en tanto que otro manejaba el volante del vehículo, y un tercero ocupaba el asiento de atrás.

—Suelta su arma, Duroc —amenazó uno—. O su buena amiga, la chismosa señorita Hoffman, pagará con la vida. Vamos, arriba. Es orden de «*Lady Shelton*». ¿Qué elige?

Marcel apretó los dientes con ira. Contempló a la bella Esther, prisionera de los rufianes de «*Lady Shelton*». De unos hombres que, pese a la fama de su patrona, parecían estar ya lanzados por la pendiente del crimen brutal y sangriento.

Miró en torno Marcel. No había nadie en la plaza.

Lejos, aulló la sirena del coche de tráfico, llamado por el semáforo automático. El hombre apremió:

—¡Vamos, suba o disparo! No podemos perder tiempo, Duroc...

Tal vez era una locura. Tal vez era repetir la historia lamentable de Culver. Tal vez, en definitiva, allí se volvía a perder todo para el

SIP. Pero no podía sacrificar a Esther Hoffman, prisionera de aquellos cobardes.

Soltó su arma y subió al vehículo. Éste cerró sus puertas. El hombre de atrás, hundió el cañón de su arma en el costado de Marcel, inmovilizándole. Partió el turbomóvil a velocidad impresionante, alejándose de la plaza del espaciódromo. Describió varias curvas y vueltas complicadas, para eludir sin duda al coche del tráfico, con su sistema de radar detector de infractores. Marcel estaba seguro de que lo habían logrado eludir. El tipo que conducía aquel coche, no era ningún tonto.

—¿Y bien? —Marcel separó dificultosamente sus ojos de la cautiva Esther, cuyas pupilas pardas le contemplaban viva, ávidamente—. ¿Qué van a hacer ahora?

—Podríamos matarle, Duroc —dijo fríamente el otro—. Pero «Lady Shelton» no quiere eso.

—¿No? ¿Qué prefiere entonces vuestra capitana? ¿Burlarse de mí, y luego inyectarme el mismo virus que pusieron a Culver y al conductor del vehículo con el que intentaron matarme en los Estados Unidos?

—No sé de qué me habla —replicó el otro abruptamente.

—¿No? Me asombra su inocencia. ¿No habrán pensado en efectuar conmigo un «lavado cerebral»? Porque nosotros tenemos la mente ejercitada contra esos sistemas...

—La señora sabe muy bien cómo son los del SIP. Y ella resolverá... Ahora, cierre el pico —las manos del hombre, diestras y veloces, le despojaron de todas sus armas—. Usted y su amiga, la señorita Hoffman, irán a la guarida de «Lady Shelton». Ella resolverá lo que se ha de hacer con ustedes...

No había advertido el movimiento de los dedos de su captor, un instante después. Aunque acaso no hubiera resuelto nada con advertirlo. Lo cierto es que el hombre estrujó algo vidrioso, que se quebró suavemente. El vehículo se llenó de algo amarillo y espeso, un vapor denso, adormecedor. Marcel quiso contener, el aliento, pero era tarde. Había inhalado un vaho amarillento. Y sin duda bastaba. Porque mientras los demás ocupantes del vehículo, a excepción de Esther Hoffman, contenían el aliento, él rodaba inconsciente por el suelo del coche.

Cuando Esther rodó, unos segundos más tarde, igualmente

exánime, Marcel ya no podía verla. Yacía sin sentido, en el compartimiento posterior del coche.

Y éste había dejado muy atrás Berlín. Sobrevoló unos cobertizos al parecer abandonados, en un campo amplio y desierto, a orillas del Canal Mitterrand. No estaban tan abandonados como parecían, porque el techo de los cobertizos se deslizó a un lado, dejando franco un gran boquete o claraboya, por la que entró el turbomóvil. Se cerró el techo del cobertizo en desuso, y volvió el lugar a su inocente apariencia.

Sólo algún tiempo después, cuando volvió a abrirse su techo, vomitó al espacio un nuevo vehículo. Pero ahora no era un simple turbomóvil para viajes terrestres... sino una esbelta, afilada nave espacial de gran velocidad. Sus silenciosos motores la propulsaron vertiginosamente hacia los cielos.

Se remontó más y más, ascendió entre las nubes, subió hacia la estratosfera. Su velocidad crecía, crecía por momentos...

A bordo de aquella nave espacial, iban los dos prisioneros: Esther Hoffman, la periodista, y Marcel Duroc, el agente especial del SIP...

Ambos habían caído en poder de la fantástica y misteriosa «Lady Shelton», dictadora del «hampa» internacional de la Tierra...

## CAPÍTULO VII

### DE SORPRESA EN SORPRESA



«Marcel Duroc. Desaparecido entre Berlín-Ciudad y Berlín-Espaciódromo».

Donald Callowan juró entre dientes, estrujando el cable de su Central en Londres. Las demás aclaraciones sobraban. Sabía que se le busca afanosa, febrilmente. Pero eso no bastaba. Un nuevo agente desaparecería. Tal vez cuando le encontrasen, estuviera de color oro hasta las pestañas, en cuyo caso sería igual que no encontrarlo.

—¡Infiernos, esto es una pesadilla! —rugió, pulsando el interfolio. Y a la vocecilla tímida y atiplada de la señorita Belton, la replicó con toda su potencia, haciendo vibrar el comunicado—: ¡Envíe un mensaje urgente a todas las Centrales mundiales del SIP, y a los planetas también! ¡Hay orden tajante de dar con Marcel Duroc o con el rastro que conduzca hasta él! ¡Cueste lo que cueste... Búsquenlo! ¿Entendido, señorita Belton?

—Por supuesto, señor —apresuróse a afirmar ella.

Y cortó la conexión, disponiéndose a extender por todos los Continentes y hasta por los mundos habitados, la disposición del superhombre del SIP, Donald Callowan.

Así se iniciaba, por parte de la poderosa fuerza policial del Universo, la búsqueda de un solo hombre, de un simple agente de la Spacial International Police: Marcel Duroc, desaparecido misteriosamente en Berlín... acaso cuando había hallado algo realmente sensacional, algo valioso que les condujera a la meta decisiva.

Entretanto... ¿qué era de Marcel Duroc, el hombre más buscado del mundo?

\* \* \*

Estaba solo. Sin duda, a Esther y a él les habían separado, destinándoles mazmorras separadas, para mayor seguridad. Y a ciencia cierta, tampoco se le podía calificar a aquella cámara cuadrangular, metálica y muy clara, de muebles igualmente metálicos, fríos pero modernos, como una mazmorra o una celda.

En el fondo, lo era. Su única ventana, poseía una reja tupida y ligera. Y a Marcel le había bastado tirar allí su anillo, para ver brotar chispas de red metálica, a su simple roce. Estaba electrificada, lo cual la hacía tan inexpugnable como un muro de piedra con enormes barrotes.

Duroc se preguntó qué diablos haría «*Lady Shelton*» con ellos, ahora que les tenía en su poder. Sobre todo con él. Esther era, sin duda, un simple rehén, que había servido también de cebo para cazarle fácilmente a él.

En aquella cámara había recobrado el conocimiento. Ignoraba dónde podía estar. Pero una cosa parecía segura aún: nadie había intentado hacerle el menor daño.

Recorrió la cámara varias veces, en busca de una escapatoria factible, por problemática que fuese. No la halló. Cansadamente, se acomodó en su litera. Esperó a la hora en que se dignaran visitarle. No quiso gritar ni escandalizar para atraer a nadie. Era un hombre de gran serenidad y de un perfecto dominio de sus nervios. Se limitó simplemente a aguardar.

No debieron de tardar ni una hora. De súbito la única puerta de la cámara, metálica como los muros de la misma, se deslizó suave, silenciosamente a un lado. Apareció un hombre portando una bandeja con alimentos servidos en platos, en bandejas y fuentes. También se veía una jarra de líquido fresco, un vaso, y todos los aditamentos de una buena mesa. Detrás, un centinela armado de pistola magnética, vigilaba estrechamente a Marcel Duroc.

—Vaya, ya se acordaron de que existo —comentó Duroc con ironía—. ¿Qué es eso? ¿La última comida del condenado?

—No diga tonterías, Duroc —le replicó el hombre de la bandeja—. «*Lady Shelton*» se digna en contar con ustedes como sus huéspedes de honor. No hay últimas comidas ni condenas de ninguna clase.

—Oh, no diga. —Marcel adoptó un gesto sarcástico—. Resulta enternecedor. ¿Entonces a qué nos ha traído aquí? ¿Para asistir a un baile de disfraces?

—No, Duroc —de súbito, una voz metálica brotó de una rendija del muro. Marcel pegó un respingo volviéndose hacia allá. Escuchó a través del oculto altavoz, dentro del muro, la tonalidad deformada de la voz que hablaba—: Si está aquí, es para escucharme a mí. Para que usted y yo hablemos.

—¿Usted... y yo? —Duroc hizo un gesto de ironía—. Difícil lo veo. ¿Voy a hablar con una sombra?

—Por ahora, sí. No tiene por qué hablar conmigo cara a cara. No me gusta que me vean personalmente.

—¿Tan fea cree ser?

—No bromeo, Duroc. Sea usted también serio. Sabe que nadie me ha visto jamás tal y como soy. Vale más así. Se habrá dado cuenta de mi poder. Rapté a su joven amiga Esther Hoffman. Le reduje a usted fácilmente gracias a ella. Eso le demostrará que, de desearlo realmente, le hubiera hecho matar cuando estaba indefenso, inconsciente en poder mío.

—Bien-Marcel miraba hacia el muro. —¿Por qué no lo hizo entonces?

—Porque no me gusta matar, Duroc. Jamás ordené muerte ni violencia alguna. No soy responsable de delito alguno capaz de llevarme a la pena fatal.

—Es lo que usted dice, «*Lady Shelton*». Pero está Skud... están

otros...

—No es cierto. Jamás hice daño a Skud.

—Eso es falso. Usted dejó su firma sobre él.

—Absurdo. De matarle, sería estúpido dejar firma alguna.

—Usted es orgullosa, alardea de sus actos.

—Es posible —rió la voz de la dama oculta—. Pero nunca alardearía de un asesinato. Matar es algo horrible, violento y torvo, que detesto. Es más, Duroc, yo nunca tuve nada que ver con Skud. Debió engañarle. Skud trabajaba para otras personas, y las encubrió, señalándole a mí. ¿Creyó seriamente que podía hallarme con un ser mezquino y cobarde como él?

—Me pareció raro. Pero no imposible.

—Ciertamente, nada hay imposible. Pero si algo existe, es una alianza entre mí y un ser como Skud. Yo no tengo nada que ver en el caso de la epidemia dorada, Duroc. Le han llevado por una pista falsa intencionadamente, para hacerle equivocar el camino, y andarlo en vano. Retroceda, si aún está a tiempo. Investigue por otro punto.

—¿Cuándo investigaré? Soy su prisionero...

—No lo será, Duroc, cuando termine nuestra charla. Quería celebrarla aquí, en mi propia guarida. Donde usted pudiera estar seguro, plenamente convencido, de que si no le hago matar, es porque realmente no ha sido ésa jamás mi intención. Donde pudiera tener algún valor mi palabra formal de que yo no soy una criminal. Es más, Duroc: trataré de ayudar a usted y al SIP en este caso. Ya que alguien ha pretendido culparme a mí de lo ocurrido, yo les volveré golpe por golpe.

—¿Cómo lo va a hacer? No sabe quiénes son, cómo obran, de dónde salen...

—Pero lo sabré. «Lady Shelton» puede llegar, con sus propios métodos, adonde no llega la poderosa, maquinarla del SIP. Y para mí, eso será como una aventura. Una más, en la aventura fascinante de mi vida, Duroc.

Marcel no dijo nada. Trataba de ahondar un poco en la mujer a quién no veía, de quien sólo escuchaba la voz. Empezaba a imaginar que «Lady Shelton» era un personaje complejo y fascinante. Una mujer que era lo que era, por simple amor a la aventura, el riesgo, al azar siempre inquietante de vivir al margen

de la Ley. Pero huía del crimen con auténtica tenacidad.

Casi se sintió inclinado a creerla. Observó con voz grave:

—Suponga que la creo. Suponga que me parece factible que Skud haya mentido al asegurar que usted envió dinero a la viuda de Kraff, en Florida... y que alguien haya aprovechado su propia mentira para encubrir su delito.

—Me alegra que piense así. Es la verdad, simple y escueta.

—Pero entonces..., ¿por qué enviaron ese dinero a la viuda del pescador? ¿Por qué me han agredido con un turbomóvil, ocupado por un hombre afectado de la «peste dorada»? ¿Por qué asesinaron a Skud? ¿Por qué a Dennis Culver, el agente del SIP? ¿Quién tiene aislado el virus de ese mal, y lo utiliza para sus propios fines... y por qué...?

—Pregunta mucho, Duroc. Yo no tengo esas respuestas. Pero las buscaré con el mismo afán que usted. Ahora, por favor, tome la comida que le he hecho servir. Es buena, y no tiene nada nocivo. Es lo menos que merece por las molestas sufridas. La señorita Hoffman también toma ahora su propia comida. Cuando terminen... podrán salir en plena libertad ambos. Su visita a mi «santuario» habrá dado fin. No sé si será cierto que cree en mí, Duroc. Pero le soy totalmente leal. No he matado a nadie.

Y quisiera saber quién tiene interés en complicarme a mí, con esas notas grotescas, que parezco firmar yo, como dejando una firma descarada por todas partes.

—Sí, es el único punto que me parece ingenuo para usted, «*Lady Shelton*» —admitió Marcel suavemente, frunciendo el ceño—. Le confieso sinceramente que empiezo a creerla..., aunque eso me sitúa de nuevo donde estaba antes. En un callejón sin salida. Sin un sospechoso real a quien culpar, sin unas razones ni un sentido en todo esto... ¡Oh, es algo enloquecedor!

—Hágame caso, y tome algún alimento —rió la voz femenina de inflexiones metálicas—. Luego, sabrá cómo ha de salir de aquí.

—Tiene gracia —farfulló Marcel Duroc, contemplando los manjares seleccionados de la bandeja—. Espero una inyección mortal de «Auridemia»... y en cambio recibo un banquete principesco. Este asunto tendrá muchas cosas absurdas, pero pocas como ésta de ahora, «*Lady Shelton*»...

Duroc tenía su propio y peculiar sentido de la filosofía. Por ello,

advirtiéndole su intenso apetito, resolvió que la dama misteriosa tenía razón en algo. Valía la pena reponer fuerzas. Luego, vería si eran ciertas las promesas de la fantástica mujer.

La comida fue succulenta. Sólo al terminarla con un trago de café todavía caliente empezó a sentir un leve sopor. Creció de grado, y Marcel Duroc miró a las paredes metálicas con aire de estupor y de inquietud a la vez. Los ojos le pesaban una tonelada, y le flaqueaban las piernas.

—Ya veo —farfulló, con voz estrepitosa—. Ya veo tu juego... maldita traidora. Esa comida... tenía narcótico... y ahora podrás...

No concluyó. Poco después, Duroc besaba el suelo, inconsciente. Antes de caer, tuvo suficiente claridad de ideas como para decirse a sí mismo con reproche, que últimamente estaba perdiendo facultades. Sólo así se explicaba que en tan poco tiempo, hubieran logrado hacerle besar el pavimento tres veces. Una en Florida, otra en Berlín... y esta de ahora.

Con esa desagradable sensación de fracaso, se hundió en aquellas apacibles, confortables negruras del sopor artificial...

\* \* \*

—Marcel, Marcel, vuelve en ti... Vamos, amigo mío. Creo que estamos a salvo...

Duroc abrió los ojos con dificultad. Cuando descubrió a Esther Hoffman, con los ojos muy abiertos y la expresión anhelante, inclinada sobre él, su complejo de inferioridad retornó con mayor fuerza.

—Oh, Esther, no... —gimió entre dientes, medio incorporándose con ayuda de ella—. Eso de que después de tanta torpeza, seas tú, una mujer, la que me ayuda a recuperarme resulta francamente deprimente para uno...

—Vamos, no seas tonto —rió ella de buena gana—. ¿Quién ha dicho que has fracasado?

—Yo.

—Pues dices muchas tonterías, Marcel. Nadie puede prever un secuestro, un ataque por sorpresa.

—Yo tengo la obligación de preverlos. No soy un ciudadano vulgar. Pertenezco al SIP. Me pagan para que piense algo más que el

resto de la gente. Me pregunto si no se gastan el dinero en vano.

—Si te cazaron fue por culpa mía. Yo serví de cebo y de rehén. ¿Qué ibas a hacer? ¿Dejar que me mataran?

—Eso es lo que me hace sentir más necio, Esther. Si esa mujer, «*Lady Shelton*», es como ella quiere hacerme creer, resulta que tú no corriste nunca el menor peligro. Y yo piqué, sin embargo, al verte en peligro.

—Sí, Marcel —ella se inclinó. De súbito, besó su boca con fuerza. Se retiró luego, en tanto una expresión de vivo asombro, cubría el rostro del joven. Esther añadió, riendo ante su gesto—: Mi querido Marcel, eres encantador. Arriesgaste todo por mí. ¿Cómo no voy a sentir afecto y gratitud hacia ti?

—Pero, Esther, ese beso... ¿implica algo más que afecto y gratitud, verdad?

—De momento..., no —negó ella suavemente. Miró alrededor—. Y hazme el favor de ponerte pronto en pie, mi querido Marcel. Si no me equivoco, esa gente nos ha dejado abandonados en un lugar, no lejos de Berlín, después de dormirnos con su comida, para que no viésemos adónde nos condujeron.

Asintió Duroc, al mirar en torno y comprobarlo. El Canal pasaba cerca de ellos. En la distancia un gran cobertizo en desuso emergía entre las arboledas. Marcel no pudo sospechar siquiera que aquel cobertizo le hubiera podido desvelar parte del misterio de «*Lady Shelton*» y de su guarida secreta.

Nadie podía sospechar tal cosa, de no saber a ciencia cierta el secreto del cobertizo. Así, poco después, Marcel y Esther se alejaban por su propio pie hacia Berlín.

Estaba cayendo la noche. Marcel confiaba en que, antes de medianoche, un aerocohete intercontinental le trasladaría a los Estados Unidos. Ahora más que nunca consideraba de primera necesidad ver a un hombre despierto y analítico como Donald Callowan, su jefe. Cambiar impresiones con él, mostrarle sus hallazgos, sus teorías, sus impresiones...

Comprobó que aún llevaba consigo la relación que le entregara el doctor Wiessel. Al parecer, era cierto: «*Lady Shelton*» obraba noblemente.

Lo cual hacía mucho más disparatado cuanto estaba sucediendo en torno suyo.

## CAPÍTULO VIII

### ¡ANTÍDOTO!



Marcel Duroc entró en el despacho de Donald Callowan tras una breve espera.

Había salvado el Atlántico en un aerocohete especial del SIP, fletado para su viaje, y ahora, recién pasada la medianoche, se hallaba ya en Washington, exactamente en la sede central de la Spacial International Police.

El joven agente tuvo ocasión de constatar, a su paso por la capital norteamericana, que el clima de histeria producido por la prolongación de la epidemia dorada, rayaba ya en el pánico colectivo ante el aterrador progreso de la peste.

Mientras aguardaba en la antesala, a ser recibido por Callowan, evocaba la singular aventura vivida últimamente en la madriguera secreta de la misteriosa «*Lady Shelton*».

Trataba de orientar sus sospechas en otra dirección. Pero

resultaba difícil lograrlo. No veía a nadie con suficiente poder para lograr el aislamiento del virus y su propagación criminal, valiéndose de la epidemia como pantalla para sus crímenes. Y, sobre todo, algo fallaba fundamentalmente: el motivo.

De existir esos crímenes, eran crímenes sin sentido, sin razón de ser. Y ése era el mayor obstáculo en el camino de cualquier deducción.

Finalmente, la pizpireta muchacha al cuidado de la antesala de Callowan, le hizo una seña, después de atender al interfono.

—Puede entrar —dijo, con una sonrisa estereotipada—. El señor Callowan le espera.

Duroc entró. Donald Callowan le tendió una mano por encima de la mesa. Y, cosa rara, lo hizo sonriendo ampliamente, con gesto risueño..., disponiéndose a cortar la punta de su cigarro puro con los dientes. Callowan era la viva imagen del hombre feliz, satisfecho de la vida.

—Mi querido Duroc, pase, muchacho —invitó, cordal, optimista—. ¿Quiere sentarse? ¿Un cigarro, Marcel?

Marcel negó. Estaba realmente confuso. Conocía lo bastante de Callowan para saber que, en un lío semejante, no podía sonreír de esa forma expresar tal júbilo. Sería tan disparatado como ponerse a cantar y a bailar en un funeral.

—No, gracias —dijo lentamente. Le estudió con calma—. Señor Callowan, he venido con toda urgencia desde Berlín...

—Sí, he recibido la notificación de mis agentes en Alemana, refiriéndome su reaparición tras el secuestro. Fue «*Lady Shelton*», ¿verdad?

—Sí, señor Callowan. Pero no es culpable al parecer. Incluso nos ha ofrecido su ayuda para lo futuro...

—Eso es una tontería de esa mujer. Pero lo olvidaremos, Duroc. Usted..., usted ha oído la gran noticia durante su vuelo sobre el Atlántico, ¿no es cierto?

—¿Noticia? ¿Qué noticia? No he abierto los receptores durante la travesía, si se refiere a eso. Quería pensar..., pensar sin complicaciones...

—Pues hizo mal, muchacho —declaró Callowan, radiante—. La noticia ha empezado a difundirse a las once y media. Llegará a la calle de un momento a otro. La Humanidad está a salvo, amigo mío.

—Señor, le confieso que no entiendo nada en absoluto.

—Pero, por Dios, Duroc, no sea torpe —rió Callowan—. ¿Es que no se da cuenta de lo que estoy tratando de decirle? ¡Se ha descubierto el antídoto!

—¿Eh? ¿Cómo? —Marcel Duroc parpadeó, incrédulo, pegando un respingo—. ¡No puede ser!

—¡Vaya si puede ser! Yo pensé lo mismo. Me parecía demasiado hermoso para ser cierto. La noticia llegaba de Viena. Establecí contacto telefónico con nuestra Central en la capital de Austral. Es cierto.

El doctor Josef Van Bildt, y la «Karl Hausmann Chemical», una empresa química, han dado con el antídoto de la «peste dorada».

—¿El antídoto? Pero... ¿totalmente demostrada su eficacia?

—Casi totalmente. Los funcionarios de esa empresa han empezado a inyectar su suero a casos desesperados de «Auridemia». Gentes casi por completo afectadas por la parálisis del oro. ¡Y todos han sanado rápidamente, salvándose sus vidas!

—Dios mío, gracias al Cielo —suspiró Marcel lentamente, elevando sus ojos con unción a las alturas—. Eso es maravilloso... ¿Y las dosis de suero para otros casos desesperados en el mundo entero, señor Callowan?

—Ya han empezado a salir aviones con sueros de urgencia. Están fabricando otros a gran velocidad, y sin reposo. De cada país del mundo salen aparatos hacia Viena, para recoger las dosis inyectables precisas. Naturalmente, esas primeras inyecciones de suero serán carísimas. Pero se salvará la raza humana de una extinción total e inevitable hasta hoy...

—Así, cualquier dinero es poco, señor Callowan. ¿Qué importa el coste, a cambio de vidas y vidas rescatadas —a muerte? Lo terrible es no poder hacer ya nada por quienes murieron.

—Mi querido Duroc, eso deja zanjado el problema alucinante de la epidemia —suspiró Callowan, empezando a encender su cigarro habano con lenta fruición—. Por eso, cumplido el sacrificio que yo mismo me impuse, vuelvo a fumar. Ya todo se ha resuelto...

—¿Todo, señor? —Marcel le cortó cuando estaba aún encendiendo el cigarro—. ¿Acaso ha olvidado ya que Dennis Culver murió inyectado..., que un hombre inyectado también, lanzó contra mí un turbomóvil, que Skud murió asesinado, al parecer por «Lady

Shelton», pero que ella niega tal culpabilidad y que posiblemente haya otro criminal? ¿Ha olvidado que ignoramos cómo fue inoculado Nero Fraser, la primera víctima, porque éste y Kraff, el pescador, fueron incinerados con urgencia para evitar contagios?

Donald Callowan se detuvo. Un gesto de abatimiento, de amargura, borró de su rostro la sonrisa: como un paño pasado sobre el dibujo fugaz de un encerado. De su mano cayó el cigarro que se hundió en el cenicero, como una esperanza recién nacida, que agonizase pronto. El jefe del SIP abatió la cabeza entre sus hombros. Parpadeó, sorprendido.

—Usted gana, Duroc —confesó lealmente— me ha llenado de tanto júbilo ese antídoto maravilloso, que olvidé todo lo demás. El horror que alguien desencadenó, amparado en esa epidemia.

—A todos tiene que llenarnos de un júbilo humano y natural, el saber que el mundo puede salvarse de un caos mortífero y terrible. Pero, en cambio, también nos cabe recordar lo que no ha puesto en claro antídoto alguno. Miles, acaso millones, salvarán sus vidas ahora, Pero ¿y los que la perdieron ya, por una acción criminal?

—Sí, Duroc. Siga adelante, muchacho. Refiérame lo que ha logrado en limpio. Veamos esas notas —se dejó caer, tras la mesa. Volvía a ser el hombre enérgico, resuelto a luchar, aunque desalentado por la decepción—. ¿Tiene alguna teoría definitiva?

—Ninguna, señor. Solamente lo que ya había. Tengo nuevos datos, informes, tipos singulares a quienes he interrogado a fondo, en busca de una verdad que no sé a ciencia cierta dónde está... y sigo tan a oscuras como antes.

—Bien, veamos eso... Tal vez se me ocurra algo, leyendo sus impresiones, Marcel.

Los minutos siguientes los dedicaron a repasar todas las anotaciones del agente Duroc en sus correrías por Europa y América. Los minutos se prolongaron. Pronto fueron horas.

El estudio intensivo se hizo extenuante. De vez en cuando, Callowan interrumpía su trabajo, para demandar noticias del mundo entero, en relación con el curso de la epidemia.

—De todos los lugares, la respuesta era la misma:

«Apestados a salvo. Vacuna Van Bildt-Hausmann, eficacísima».

Nacía el nuevo día, azulado y sin nubes, por el Este, cuando Donald Callowan, pálido y ojeroso, Interrumpió la labor, cerrando

las notas del expediente con un gesto cansado. Miró a Marcel con expresión de abatimiento.

—Nada, muchacho —suspiró—. Resultado negativo. Lo siento... Creo que mi cerebro está atrofiado.

—Entonces también el mío —sonrió, también muy fatigado, el joven agente francés—. No logro ver nada. Y así siempre. Es terrible, desesperante... ¡Si al menos viera el motivo, la razón de todo esto! Pero es inútil...

—Hágame caso, Marcel. Váyase a descansar. Tómese tres o cuatro días de vacaciones.

—Oh, no, señor. No podemos perder días en...

—Ahora ya no urge tanto, Duroc. La enfermedad está vencida. Con el antídoto, no se volverán a cometer crímenes utilizando ese virus. Ha dejado de tener su mortífera eficacia de antes.

—Está bien, señor. Me tomaré ese descanso. Pero durante esos días es posible que intente algo, que siga pensando en ello con todas mis fuerzas.

Donald dijo:

—Está bien, hágalo así, si quiere. Pero manténgase quieto. No arriesgue más su vida. Dentro de unos días volveremos a hablar, tratando de trazar un plan de batalla definitivo, si logramos encontrar algo nuevo que nos permita ver claro.

Duroc asintió, desalentado. Sabía que si no lo habían encontrado ya, no lo encontrarían jamás. Él era de la opinión de que siempre, durante las pesquisas de un crimen, existía el indicio, el cabo suelto en un momento determinado. Lo realmente difícil era apresar ese cabo, coger el indicio a tiempo, interpretarlo... y ver la realidad sin deformaciones. Tal como era. Sólo entonces se esclarecía un enigma.

Se despidió de Callowan, y salió a las calles, bajo el lívido amanecer. No circulaba gente por las avenidas de Washington. En los muros resaltaban las rojas letras de los avisos y prevenciones sanitarias contra la «peste dorada», la terrible plaga que se abatiera sobre los pueblos inopinadamente, llegando de un lugar desconocido, y que ahora parecía morir ya, vencida por el antídoto, por el medicamento capaz de curarla radicalmente.

Era muy poco lo que sabían de aquel mal. Ni su origen, ni su auténtica naturaleza, ni la forma en que llegó a declararse por vez

primera. De nuevo pensó en Fraser, en sus carreras por el mar y por el espacio...

Marcel se encaminó a un hotel donde pasaría el día siguiente. Estaba cansado. Muy cansado. Se acostó poco después, y no tardó en dormirse profundamente. Tuvo un extraño sueño, una pesadilla angustiosa, con hombres de oro, médicos espeluznantes, que le rodeaban para inyectarle antídoto. Luego resultaba que las jeringuillas estaban repletas de un virus dorado y horrible, y él pretendía huir a su acoso.

Escapaba por un suelo largo, interminable y muy oscuro. De repente advertía que no corría sobre ningún suelo, sino que la extensión negra era la del firmamento, y una mujer, sin duda muy hermosa, pero cubierta con un velo oscuro, aferraba su mano, saliendo de detrás de un Satélite terrestre, y le sonreía, atrayéndole hacia sí.

Su voz le decía, con sonidos metálicos y huecos, que se perdían en el espacio: «¡Yo no soy culpable! ¡Yo no soy culpable! ¡Busca, Marcel Duroc, busca...! ¿Por qué no averiguas de dónde llegó esa epidemia? ¿Por qué no averiguas de dónde llegó...?».

Despertó, bañado en un sudor frío. Tuvo que encender la luz y fumar un cigarrillo, sentado en el lecho. A pesar de ser pleno día, había cerrado sus ventanas y declarado al servicio del hotel que no despertaría hasta mediada la tarde.

Sin embargo, sólo eran las once de la mañana. La pesadilla no le había dejado dormir todo lo que necesitaba. Y era inútil intentar de nuevo reanudar el sueño. Éste se resistía obstinadamente.

Marcel Duroc fumó, con la vista fija en el humo de su cigarrillo, como si en sus volutas azules pudiera estar la clave del misterio.

Una frase de su sueño le resonó de nuevo en la cabeza. Era como un eco de la voz de su pesadilla. Un eco que vivía aún en la bóveda de su cráneo repitiéndose una vea más:

—*¿Por qué no averiguas de dónde llegó esa epidemia...?*

Sí. Iba a averiguarlo. Y ese mismo día...

\* \* \*

Josef Van Bildt era alto, enjuto, de rostro inteligente y huesudo, ojos sumidos y ralos cabellos grisáceos. No era muy joven, pero

tampoco para ser considerado en plena madurez. Sin duda las canas eran prematuras, resultado de su trabajo mental.

Resultaba difícil ver aquel día a Josef Van Bildt, el triunfador mundial del momento. De sus manos había salido el suero salvador. Los demás medios los puso la empresa, comercial. La «Chemical Karl Hausmann» era una industria química relativamente nueva, al parecer. Hasta entonces no había hecho grandes cosas. Pero ésta valía por todas.

Marcel Duroc contempló la salida de camiones, cargados de suero, con destino a los aerocohetes y vehículos intercontinentales, para la rápida distribución al mundo. Luego se volvió a Josef Van Bildt, que acababa de entrar en la sala con amplio mirador a los patios de la empresa química. Le estrechó la mano, revelándole su identidad.

Van Bildt enarcó las cejas hirsutas, con sorpresa. Le miró curiosamente:

—¿De modo que usted es un hombre del SIP, señor? —indagó.

—Eso es. Agente especial, a cargo de este caso.

—¿Es que el asunto de la «epidemia dorada» necesita agentes especiales del SIP... o médicos? —sonrió burlonamente Van Bildt.

—Ambas cosas, porque a veces esta enfermedad se ha inyectado para matar. Premeditadamente.

—¡Cielos! No puedo creerlo —el médico accionó ostentosamente—. Sería... horrible.

—Lo es, doctor. De no ser por su suero, el caos hubiera llegado a su fin, y con él, al de toda la raza humana. Dígame, ¿es secreta su elaboración u origen?

—De momento, sí —sonrió Van Bildt—. No puedo revelar nada, porque ello significaría tal vez la aparición de una competencia que hiciera perder millones a esta empresa. Y piense que crear ese suero lleva su gasto grande.

—¿Tampoco puede decirme cómo lo halló?

—Sería tanto como revelarles el secreto. De todos modos, puedo aclararle que es un líquido puramente vegetal, extraído de ciertas plantas.

—¿Terrestres?

Van Bildt sonrió enigmático, sin afirmar ni negar. Luego Marcel probó otro punto:

—¿Y el veneno? ¿Puede definirme ese veneno claramente?

—Eso, sí. Es de origen extraterrestre. ¿Eso le basta?

—No. ¿Cómo pudo llegar hasta aquí? ¿Por qué medio viajó?

—No sabría decírselo. Se propaga con gran facilidad. Alguien sufrió la infección en el lugar donde existe ese terrible virus. Lo trajo a la Tierra, sin advertirlo. Debíó empezar la difusión del microbio.

—¿Tal vez el propio Fraser?

—Tal vez.

—Hace poco Fraser estuvo en Marte. Poco antes de morir. ¿Es de Marte, doctor?

Van Bildt inclinó la cabeza, con una sonrisa escéptica.

—Puede ser, sí. Creo, sin embargo, que nunca daremos con su auténtico origen. Pero si alguien vuelve a traer el microbio a la Tierra, ahora ya no existe temor. Lo neutralizaremos con el suero.

—Sí, creo que tiene razón, doctor Van Bildt. Le doy las gracias por sus respuestas.

—¿Ya se marcha? —se sorprendió el médico—. ¿Y para hacerme esas simples preguntas se ha molestado en volar de Washington a Viena, señor Duroc?

—Un hombre del SIP ha de molestarse muchas veces en hacer vuelos inmensos para nada... Tenía curiosidad por conocer al hombre que ha creado el suero salvador. Usted, doctor Van Bildt, era quien mejor podía aclararme cierta duda: ¿es posible aislar ese virus, e inocularlo en forma mortífera?

—Sí, es posible. Pero ¿quién iba a aislarlo, si a nosotros nos ha costado tiempo de trabajo constante, sin dormir durante largas noches en vela?

—Tal vez el mismo que lo trajo del planeta Marte, doctor —comentó Marcel Duroc con voz tensa—. Empiezo a tener una teoría... Si resuelvo dos o tres dudas más, habré hallado tal vez la clave del más complicado asunto de todos los tiempos, doctor. Y sus respuestas me habrán ayudado mucho a ello, aunque usted no lo crea...

Se alejó de la factoría, tras despedirse de Van Bildt. Los camiones seguían saliendo, con rumbo a espaciódromos y aeropuertos normales. El mágico suero iba a todas las partes del mundo, e incluso a las colonias terrestres en los planetas, para

salvar vidas y vidas. Un río de oro entraría en la Empresa química..., a cambio de un río en vidas humanas que salía de ella.

Merecía la pena el cambio, pensó Marcel Duroc.

Llegó al espaciódromo de Viena poco después. El tránsito de vehículos aéreos era inusitado. El antídoto lo había revolucionado todo. Pudo saludar a Kurt Harlan, el piloto comercial, que llegaba con su nave a recoger carga de aperos para Marte, Al doctor Wiessel, que tripulaba una aeronave privada, en desinteresada ayuda para extender por el mundo la gran victoria de la Cincela sobre el Mal.

Marcel se detuvo. Lo dolía la cabeza. Estaba demasiado cansado. Aquel exceso de tensión tenía que tener sus consecuencias. Se tocó las sienes, febriles. Tenía las venas hinchadas.

—¡Eh, señor Duroc! —llamó Kurt Harlan agitando su mano desde la portezuela de la nave—. ¿Quiere que le lleve a alguna parte? Antes de dirigirme hacia Marte, he de ir a unos cuantos lugares de nuestro viejo globo terrestre, a dejar cargas de suero, ¡todos tenemos que ayudar un poco en esto, ¿no le parece?

Asintió Marcel. Se encontraba muy mal. Las piernas le flaqueaban. Sería mejor entrar en la aeronave comercial que tripulaba el joven piloto alemán.

Se tocó las mejillas, también febriles. Notó un leve escozor en la palma de su mano derecha. La contempló. Tenía un leve corte, un arañazo. Tal vez se lo produjo en algún sitio. Había creído notar un roce hiriente, fugaz, al estrechar la mano del doctor Van Bildt. Pero seguramente fue imaginación, o el médico le apretó demasiado.

—Si me hace el favor, Kurt, déjeme en Berlín —pidió Marcel.

—Entiendo —sonrió el piloto—. He oído algo de una jovencita amiga suya, una tal Esther Hoffman, periodista. ¿Por ella va a Berlín?

—Eso es. ¿Tiene parada allí?

—Sí. Haré unos cuantos puntos, además de mi ruta proverbial. Esto es viaje fuera de serie, ¿comprende?

Marcel asintió. Se encontraba cada vez peor, a pesar de que se esforzaba en mantenerse firme. Sentóse en un asiento del vehículo espacial. Kurt Harlan era un piloto diestro. Puso en marcha el aerocohete que arrancó vertiginosamente. Harlan informó:

—Dentro de unos minutos en Berlín. Esto marcha rápido,

amigo...

Duroc no respondió. Estaba pensando. Pensando en que de pronto había llegado a su mente la verdad. Toda la verdad. Ahora sabía por qué llegó la epidemia, ahora sabía los motivos de los crímenes.

Respiró, con desaliento. Harlan, al oírle, giró la cabeza, sin soltar los mandos de la nave.

—¿Qué le ocurre, Duroc? —preguntó—. Parece usted enfermo...

—Sí —asintió Marcel, sintiendo cómo le corría el sudor por el rostro. Era un sudor muy frío—. ¿Recuerda las preguntas que le hice, Harlan, relacionadas con el caso que investigaba?

—Claro. Lo de Miller y los demás...

—Bueno, pues ya lo sé todo.

—¿*Todo*? —Kurt Harlan parpadeó—. ¿Qué es todo?

—Justamente lo que tiene que ser. Ha sido algo repentino. Pero llega tarde. Muy tarde.

—¿Y por qué llega tarde? —Harlan no apartaba sus ojos de él.

—Porque ahora yo estoy inoculado de la «peste dorada»... Tengo ya mis manos paralizadas, Harlan. No puedo ni siquiera empuñar un arma. Y usted, naturalmente, no va a darme una dosis de ese precioso suero que lleva consigo... Porque usted necesita que yo muera, para que no pueda delatar a la policía que es el culpable de todo, Harlan...

## CAPÍTULO IX

### LA GRAN FARSA



—¿Ún no había terminado Duroc de pronunciar su acusación que Kurt Harlan se echó a reír. Era la risa del joven piloto de líneas comerciales, algo duro y ominoso, bien distinta a la suya, habitualmente cordal y amable.

—Es usted un demonio, Duroc —dijo roncamente—. No paró hasta descubrirlo, ¿eh?

—Sí. Tenía que descubrirlo. A pesar del hombre inoculado que me envió, conduciendo un coche, para matarme, en cuanto supo por sus agentes y esbirros que yo andaba detrás del caso. Había hecho ya lo mismo con Dennis Culver cuando advirtió que en la relación que le entregara el doctor Wiessel, sobre los últimos vuelos de Nero Fraser, el famoso «recordman» había utilizado en su travesía a Marte, a un copiloto de las líneas comerciales. Su nombre, Harlan, no figuraba en la relación. Fui, sin embargo, un

gran estúpido al no suponer, como lo supuso Culver, que era usted ese piloto. Que usted obtuvo en Marte el virus mortífero de la epidemia dorada, y lo inoculó, en primer lugar, a Fraser. Por el sencillo sistema de hincarle una uña en la piel. Su uña, saturada de virus. Lo mismo que hizo con el pobre Miller. Usted me desconcertó al sugerir que el que inoculó a Miller acaso estaba a bordo de su nave. Debí comprender que, si no era así, solamente una persona pudo inocularle: usted mismo. Lo hizo con su uña, rozándole en un arañazo al parecer casual, al estrecharle la mano. Lo mismo que el doctor Van Bildt me ha hecho a mí hace poco. Su buen amigo y compinche en esta grande y horrenda farsa sangrienta, el doctor Van Bildt. El que se cuidó de aislar los virus, el que ya tenía el antídoto juntamente con el virus de la enfermedad, obtenidas ambas cosas en algún viaje que hizo con usted a Marte.

—Lo está haciendo muy bien —rió Harlan—. Siga hablando, Duroc, siga. No le queda mucho de vida, y es fascinante conocer sus dotes detectivescas. Como comprenderá, ya no tiene objeto ir a Berlín. Iremos a Marte. Le dejaré posiblemente allí. O acaso le arroje al vacío, aún no sé. Me ha estorbado usted mucho, pero ahora ya no tanto...

—Goce de su triunfo, Harlan, Ha sido difícil, después de todo. Su plan era tan complicado, que podía venirse abajo si alguien sospechaba. Culver fue eliminado, porque él sí sospechó, no sé en qué forma.

—Eso se lo aclararé yo. Culver conocía a Van Bildt. Sabía de sus experimentos y aficiones. No se fió de él, y le vigiló. Llegó a robar una muestra de virus de su casa, y otra del antídoto. Tuvimos que obrar rápidamente, e inyectarle, para que fuera una acción inmediata. Además él hubiera desconfiado de cualquier mano tendida.

—Sí, Culver era muy listo. Un digno agente del SIP. No un torpe como yo.

—No diga eso, Duroc. Nos ha dado usted más guerra que Culver. Era escurridizo como una anguila. Descubrió a Skud, cuando un estúpido rasgo caritativo de Van Bildt, hacia esa viuda del pescador, casi nos pierde. Menos mal que se le ocurrió apelar a la famosa «Lady Shelton». El caso es cargar a alguien con la culpa, y desviar sospechas.

—Skud, entonces, fingió confesarme cosas que no eran sino mentiras urdidas rápidamente, que yo no creí del todo. Y mucho menos al verle muerto, con aquel rótulo firmado por «*Lady Shelton*». Les vino muy bien a ustedes eliminar a Skud, que era un molesto compinche, cargando de nuevo las culpas sobre «*Lady Shelton*». Yo no caí en la cuenta de que el asesinato siguió en un par de horas a mi entrevista con usted, Harlan, cuando le dije que Skud me llevaría a «*Lady Shelton*». Usted temió que el rufián, atemorizado, me llevara a otro sitio muy distinto, y lo eliminó. Es muy astuto, ciertamente. Pero todo eso eran serios errores a la larga, ya que la verdadera «*Lady Shelton*», espoleada por avisos policiales públicos, salió de su oscuridad y entró en baza. Una mujer de su fuerza, prestigio e inteligencia, es siempre peligrosa. Y ahora la tiene en contra.

—No temo a ninguna mujer, por poderosa que crea ser —declaró, despectivo, Harlan—. Cuando usted haya agonizado, Duroc, y sea una bonita estatua de oro, yo me sentiré realmente tranquilo, y convencido de que nadie puede descubrir mi juego. Después de todo, como usted decía siempre..., ¿qué motivos podía tener nadie para esos delitos?

—Sí, Harlan, confieso que me aturdía eso. No comprendí que era un crimen colectivo y espantoso toda la epidemia desde su principio. Planearon matar, matar sin freno ni tasa, eliminar a miles de seres humanos despiadadamente. Bastaba para ello inocular a unos pocos, dada la gran capacidad de contagio de la «*Auridemia*». Fraser fue el primero. Kraff, un contagio accidental. Luego Miller. Y otros, y otros... Toda la peste, en sí, era un grande, un colosal asesinato masivo, que tuvo su origen en Nero Fraser, elegido el primero.

—En sus labios, mi plan cobra caracteres fantásticos —rió Harlan—. Me hace sentirme orgulloso de mí mismo. No es un crimen vulgar el mío, admítalo.

—Tengo que admitir mucho más. Es usted un supercriminal fabuloso, Harlan. Un ser repulsivo, pero inteligente y feroz como pocos. Para obtener millones, era preciso sacrificar vidas. Un matadero humano, que luego sería un río de dinero para usted y su amigo Van Bildt, el médico de las ideas extrañas...

—Siga, siga. Lo cuenta todo maravillosamente.

—La... parálisis... —jadeó Marcel Duroc, apoyándose dificultosamente en su asiento, rígido el cuello, y tirante la piel de su rostro—. Creo... que va progresando... muy rápidamente...

—Ya lo veo —la impasibilidad burlona de Harlan ante su lenta, horrible agonía, era escalofriante—. Pero, a pesar de todo, sus cuerdas vocales aún lo soportan. Vamos, termine pronto, muchacho. Su relato está en el mejor momento...

Marcel hizo un esfuerzo. Se rebulló ligeramente nada más. El frío de la Muerte estaba invadiendo ya sus miembros, se extendía velozmente por su cuerpo envarado. Los minutos de vida para un hombre, para el audaz e inteligente agente del SIP, pasaban dentro de la nave con destino a Marte, a una velocidad de vértigo. Marcel, con los ojos desencajados, fijos en el rostro risueño y triunfal del monstruoso Harlan, seguía su relato, queriendo olvidar su fin, su horrible e inevitable destino. Seguía de nuevo, con voz cada vez más dificultosa, sin pensar en los escasos, tremendos minutos que le quedaban por delante...

Ya estaba hablando otra vez, ante la complacencia satánica de Harlan, típico criminal patológico, pese a su desenfrenada sed de codicia, que se enorgullecía de sí mismo y de su mentalidad superior, a la hora de trazar y realizar un crimen perfecto de magnitud colosal.

Marcel refería lentamente:

—El crimen era antes. El beneficio, después. Para que un antídoto pudiera proporcionar millones a dos personas avispadas como usted y Van Bildt era preciso primero crear la enfermedad. La buscaron, hallaron una en Marte. Trasladaron el virus, el menos conocido y más mortífero que Van Bildt halló en el suelo marciano, y logró el antídoto. El crimen contra la Humanidad llevó cierto tiempo de preparativos. Previamente, alquilaron un edificio y crearon una industria química, para justificar luego la elaboración del suero, que de otro modo resultaría tosca y sospechosa. Usted, Harlan, llegó incluso a un detalle insultante de burla, de desafío a todos. Mantuvo, en el nombre de la industria química, las iniciales de su nombre y apellido. Suplió el Kurt Harlan, por «Karl Hausmann». Un hombre inexistente, que es usted mismo. La K y la H se conservaban como suprema sátira de un asesino capaz de firmar sus propios crímenes, si ello hubiera sido posible.

—Es admirable, Duroc. Ha descubierto todos los detalles, ¿no es cierto?

—Sí. Saltaban a la vista. Y, sin embargo, uno no los advertía. Fui torpe, lo admito.

—¿Cómo llegó a descubrirlo? Parece haber sido de golpe...

—Sí, Harlan. No me gustó Van Bildt al tratar con él. Sus respuestas eran ambiguas. Y tenía miedo a algo, era evidente. Cuando citó Marte, pensé en usted. Luego recordé el detalle de la relación de Wiessel con un piloto comercial como compañero de vuelo experimental de Fraser. Y cuando todavía no tenía ligados todos esos aspectos de la cuestión... descubro que llevo el arañazo fatídico en mi mano. ¡Van Bildt me ha inoculado, al oírme decir que estoy ya casi seguro de tener todo el asunto resuelto!

—Yo no hice sino una prueba, lanzar un cebo. Mordió el anzuelo..., pero con la sangrienta ironía de que yo soy el pez que muere.

Harlan dijo:

—Tiene que morir, Duroc. Usted hundiría nuestro negocio. Los millones que van a dar nuestros sueros antídotos, curando esa enfermedad, serán incontables. ¿Qué le importa a la gente la fortuna, con tal de salvar su vida?

—Sí, Harlan. Pero lo monstruoso es que ellos no correrían ese peligro, no sufrirían esa amenaza, de no haberla traído ustedes, de no haberla provocado... sólo para luego lanzar al mercado el suero, en su momento psicológico ideal, y ganar millones. Usted sabía que, nada más surgir la «peste dorada», no produciría igual efecto el suero. Era preciso esperar a que las gentes hubieran perdido toda esperanza. Entonces surge ese suero que parece obra providencial, cuando en realidad es la segunda parte de su espantoso crimen de lesa Humanidad...

Se detuvo. Empezaba a fallarle la voz también. Se paralizaban las cuerdas vocales. Marcel Duroc sabía que la muerte estaba ya cerca. Muy cerca. Moriría incapaz de defenderse, de luchar..., mientras Kurt Harlan le contemplaría fría, despiadadamente, aguardando su final definitivo sin mover un solo dedo en su favor. Con el vehículo espacial repleto de suero, de antídoto... Duroc moriría víctima de la horrenda «peste dorada».

Se convertiría en una de aquellas espantosas, alucinantes

estatuas humanas de epidermis dorada, bajo el efecto del mal llegado de Marte. Callowan, el SIP, nunca sabrían la verdad. Harlan era lo bastante inteligente para no cometer más errores y mantenerse en la impunidad.

La peste desaparecería, reportando millones a los asesinos. Y habiendo dejado un terrible vacío en el mundo, allí donde docenas, cientos de seres humanos contagiados, murieron ante la mirada de trágica impotencia de sus seres queridos.

De pronto Marcel advirtió que estaba pensando en otra persona. En unos dulces y a la vez picaros ojos pardos, en una noche de luna en Florida, en dos copas de burbujeante champaña. Musitó, apenas en dos roncacos monosílabos, dificultosamente pronunciados por su pobre garganta:

—Es... ther...

Harlan rió, sarcástico, imaginando lo que quería decir.

Lentamente, complaciéndose en la agonía cruel de su enemigo, Harlan observó:

—Aquí no va a oírle, Duroc. Nadie sino yo le puedo oír. Y usted sabe que no me ablandaré. Está usted llegando al límite de la acción mortífera de la «peste dorada»... Apenas si le quedan dos minutos, Duroc. Después de esos dos minutos, ni siquiera el suero podría salvarle. Éste es el fin, amigo mío... El fin de su empeño en desenmascaramme. Una vez más, Kurt Harlan vence... y pierde su partida el SIP...

Soltó otra, carcajada. El tiempo, inexorable, corrió más y más...

La vida del ya casi inmóvil Marcel se extinguía.

—Kurt Harlan. Prepare el suero. Inyete a ese hombre.

Fue algo así como un trallazo impresionante, una brusca sacudida a las fibras tensas de Harlan. Y apenas si un leve estremecimiento al agente ya casi paralizado, cuya tez adquiriría por momentos el mortífero color dorado con que el veneno pigmentaba la epidermis.

Harlan lanzó un juramento y desenfundó velozmente su pistola nuclear, volviéndose hacia la puerta de comunicación con la cabina de equipajes.

Allí estaba.

Era una mujer provista de capucha gris, traje negro, ceñido, y una capa sobre sus hombros, hasta casi los pies. Las manos,

enguantadas. Una de ellas sostenía una pistola de proyectiles térmicos. Disparó antes que Harlan.

El asesino lanzó un grito de agudo dolor y se retorció, con su mano derecha abrasada por el impacto del proyectil térmico. Harlan clavó sus ojos agudos y muy abiertos, rezumando un odio inhumano, una burla salvaje y cruel, en la extraña mujer enmascarada, que habló de nuevo con su extraña voz metálica, deformada sin duda por un artefacto metálico bajo la capucha:

—Utilice su mano izquierda. Llene una jeringuilla hipodérmica con el suero. Tiene treinta segundos. SI no está hecho entonces, dispararé a matar.

—¿Quién, es usted? —jadeó Harlan, estremecido de cólera.

—¿No me conoce? —Ella rió burlonamente, a flor de labio—. Me utilizó para su sucio y siniestro juego, y ahora resulta que no sabe quién soy...

—¡«Lady Shelton»!

—Eso es. «Lady Shelton». Y le recuerdo que han pasado ya diez segundos de los treinta que le concedí, Harlan... —Sus ojos buscaron a Marcel Duroc a través de las rendijas de su capucha—. ¡Pronto, actúe o morirá usted antes que él!

Kurt Harlan, de mala gana, tomó una aguja hipodérmica. Rompió el precinto de una caja de suero, y llenó la jeringuilla. Una vez hecha la operación, cruzó una mirada de odio con la enmascarada. Luego sonrió siniestramente.

—«Lady Shelton», suponga que ahora estrello esta jeringuilla en el suelo. Es la única de a bordo. ¿Qué le ocurrirá a Marcel Duroc?

—Que morirá —manifestó ella con sequedad—. Y usted también, Harlan.

—También voy a morir si él vive. Iré a la cámara amarilla de la Penitenciaría del Espacio, donde mueren los asesinos. ¡No le inyectaré!

Y con un gesto rápido, virulento, de suprema perfidia, arrojó la jeringuilla al suelo. La última oportunidad para Marcel, que apenas si era ya algo más que un cadáver dorado, con un leve soplo de vida alentando aún en él...

## CAPÍTULO X

### FINAL



Mediaron dos circunstancias milagrosas que salvaron en última instancia la situación desesperada.

La primera fue la rápida acción de «*Lady Shelton*», al advertir previamente lo que iba a hacer Harlan. Saltó con viveza, estiró la mano zurda enguantada y tomó la pieza de cristal en el mismo aire.

Pero después, Harlan contraatacó cuando ella aún no se había rehecho, y la golpeó con violencia, aturdiéndola. El impacto del puño de Harlan había dado en su sien, y la hizo vacilar, a punto de rodar por el suelo.

Fue el segundo decisivo. Harlan, seguro de sí mismo, cargó de nuevo contra la dama enigmática de los bajos fondos, la mujer que alardeaba de haber vivido al margen de la Ley, entre jugadores, tahúres y bribones, sin mancharse sus manos de sangre jamás.

Pero su momento había pasado. «*Lady Shelton*» le esperaba ya, con cierta firmeza. Disparó contra él un segundo proyectil térmico. Le alcanzó en el vientre, y Harlan se dobló, con una expresión de horrible dolor, allí donde el proyectil le había abrasado.

«*Lady Shelton*», rápida, se encaminó hasta donde yacía Marcel Duroc, hecho una estatua dorada escalofriante. La jeringuilla repleta del suero salvador se alzó en el aire. La mano enguantada no tembló, aunque en los ojos de la dama misteriosa hubo un centelleo de emoción, de angustia suprema.

Se hincó la aguja en la carne ya endurecida, color oro. Presionó el émbolo. Brotó el suero. El blanco, espeso líquido vegetal, penetró en la piel de Marcel Duroc.

Luego, con un suspiro de alivio, ella tiró la jeringuilla. Se volvió para contemplar a Harlan, a quien suponía definitivamente derrotado.

De nuevo se equivocó ella. Si «*Lady Shelton*» era dura de vencer, también lo era Harlan. Sus energías postreras, en el momento supremo del desastre, no le abandonaron del todo.

Harlan había logrado ponerse de pie, avanzar unos pasos, amenazador, sobre su enemiga. Se sujetaba el boquete abrasado de su vientre con la mano derecha, también quemada por el anterior disparo. Con la zurda, aferró la capucha de «*Lady Shelton*», al escabullirse ésta a su intento febril de sujetarle la garganta, con un veloz giro de costado.

Pero el tirón sobre la goma de la ajustada capucha no pudo evitarlo nadie. Y fue un tirón demasiado violento. La capucha salió de golpe. El rostro de «*Lady Shelton*» se mostró a ojos de Harlan..., y también del inmóvil Duroc, que, pese a su atrofia muscular, era capaz de ver.

Si no reflejó su estupor sin límites fue precisamente por esa inmovilidad total a que estaba sometido ahora, mientras el suero hacía su efecto. Pero, en cambio, Harlan sí gritó el nombre de la mujer que habíase ocultado bajo el pseudónimo de «*Lady Shelton*», al frente de los garitos y locales más famosos de los bajos fondos mundiales:

—¡Es... ther... Hoffman...!

Era ella. Esther Hoffman, la linda periodista de ojos pardos. La mujer del claro de luna de Florida, del champaña y del rumor del

oleaje en la arena.

\* \* \*

Esther miró fríamente a Harlan. Pudo haberle disparado de nuevo, destrozándole. Pero no hizo nada de eso. En vez de ello, se limitó a contemplar cómo el asesino, vencido ya por su dolor y su agotamiento, doblaba las rodillas, empezaba a caer, hasta golpear de bruces el suelo de la astronave en vuelo hacia Marte.

Lentamente, Esther Hoffman se acercó a los mandos. El piloto automático llevaba el rumbo de Marte directo.

—Volveremos a la Tierra, Marcel —dijo lentamente al joven, cambiando el rumbo—. Podríamos ir a mi madriguera secreta, ¿sabes? La misma adonde te llevé cuando me fingí prisionera, para convencerte de que yo no era culpable de ese horror... Sí, Marcel, no me mires así. Yo soy «*Lady Shelton*». Lo fui siempre, lo confieso. Mi refugio no era fácil de hallar. Se trata de un satélite terrestre no registrado, aislado electrónicamente para no emitir señales de radio ni ser captado por radar ni radiotelescopios. Es un vehículo que siempre se mueve, gira en el espacio, en una órbita poco frecuente. Allí dentro tengo mi cuartel general, Marcel. Dirijo mis garitos y locales de diversión. Decepcionado, ¿verdad? La muchacha de tus sueños es, precisamente, «*Lady Shelton*»...

Hizo una pausa para mirar a Marcel. Se recuperaba de su parálisis. El color dorado de su piel iba diluyéndose, como un tinte bajo la lluvia. Ella sonrió amargamente.

—Tengo yo la culpa, sí. No me mires así, por favor. Marcel, siempre me gustó la aventura, el riesgo, la incertidumbre. Burlar a la Ley me parecía un juego divertido. Creo que, en resumen, es solamente peligroso, y nada divertido. Voy a liquidar mis negocios, a desmontar mi satélite-cuartel... Seré una chica normal, como las demás. Morirá «*Lady Shelton*». No es para esperar tu perdón ni tu comprensión, Marcel... Además, tú eres un policía. Tienes que cumplir con tu deber. Ha terminado esto. Puedes entregar dos presos a tus jefes: Harlan y yo.

Buen asunto, Marcel. Has matado dos pájaros de un tiro...

Hizo otra pausa. Después continuó:

—A pesar de todo, no lo lamento, Marcel. Tenía que ayudarte,

ya te lo dije. Iba vigilándote muy cerca, temiendo por tu vida. Advertí que Van Bildt el médico de esa industria química, cimblaba unas señas con alguien. Ese alguien, para mi sorpresa, resultó ser Harlan. Me metí aquí dentro antes que tú y él. Nunca imaginé que ibas a subir, y menos en ese estado. Intervine en el momento que juzgué más apropiado, tras escuchar toda la verdad de tus labios, Marcel. ¿Sabes una cosa, querido? Eres un policía maravilloso..., y creo que siempre te quise más de lo que a mí misma me quería confesar. Lástima que todo tenga que terminar así, ¿verdad?

Marcel Duroc no contestó. Esther no supo si su gesto grave era de simple inexpresividad..., de perdón..., o de total condenación por la decepcionante verdad que le había ofrecido.

La astronave comercial, de regreso a la Tierra, descendía con rapidez. Esther cuidó de su buen rumbo y su aterrizaje. Mientras tanto, Marcel dormía profundamente, bajo el efecto sedante de la droga curativa...

\* \* \*

Donald Callowan escuchó el relato completo. No interrumpió ni una sola vez a Marcel Duroc.

Luego, pensativo, con el ceño fruncido, extrajo un cigarro, mordió su punta, lo contempló con cierta fruición y comenzó a encenderlo.

Aspiró el humo lentamente. A través de él, contempló a su agente.

—Ha sido una gran misión la suya, agente Duroc. El SIP está orgulloso de usted.

Duroc exclamó:

—Gracias, señor.

—Ha dado fin al caso de la «peste dorada»... y también al misterio de «*Lady Shelton*», que tanto nos intrigaba desde hacía seis años. Enhorabuena, Duroc.

Esta vez, Marcel no contestó. Callowan continuaba, sin mirarle ahora:

—Después de todo, Esther Hoffman es una delincuente. El SIP cuidará de que pague su vida al margen de la Ley, en la Penitenciaría del Espacio. Pueden salirle hasta veinte años de

trabajos forzados en Venus o en la Luna... —fingió no advertir la contracción dolorosa del rostro de Marcel y continuó—: O, teniendo en cuenta su actitud heroica ante Kurt Harlan, librarse con diez años...

—Señor, yo quisiera... —comenzó Duroc.

Pero Callowan le interrumpió, mientras saboreaba el humo de su cigarro:

—Claro está que esto a usted no le interesa, porque no ama a una chica que ha vivido estos años como «*Lady Shelton*», llevando una doble vida. Pero si le interesase, le diría que con un poco de suerte, su relato ante los jueces y mi propia influencia en el caso, podría cumplir un año en la Penitenciaría del Espacio, confortablemente instalada, como corresponde a su sexo y a sus delitos, en ningún caso de violencia... Claro que era a título de comentario, porque dejaremos que Esther Hoffman pase sus largos años allí, y usted se cuide de olvidarla lo antes posible, ¿verdad Duroc?

Marcel apretó los labios. Se irguió para replicar vivamente:

—Pues lamento llevarle la contraria, señor. Pero amo a Esther Hoffman. La amé siempre y sigo amándola, Sea «*Lady Shelton*», o no. Por si fuera poco, salvó mi vida cuando ya era un simple cadáver dorado. Venció a Harlan, jugándose ella su vida.

Y regresó conmigo a la Tierra, cuando pudo intentar la fuga. Aunque no hubiera hecho nada de esto, querría igual a Esther. Pido para ella comprensión, clemencia y la mayor bondad por parte de todos, señor Callowan. Y cuando salga ella de la Penitenciaría del Espacio... yo estaré esperándola allí. Para ser su esposo, si ella lo desea todavía.

Donald Callowan suspiró. Fingió una gran contrariedad para disimular su ternura y emoción. Farfulló entre dientes:

—Hijo mío, ¿cómo no va a desearlo ella, si eres un hombre magnífico? Estoy seguro de que no permanecerá más de un año allí. Estoy seguro también de que tú la esperarás..., de que os casaréis... y de que el SIP perderá a otro gran agente ese día. ¡Maldita sea, Duroc, lárguese de aquí ya, y vaya a ver a esa chica, si quiere, para repetirle todas esas tonterías que me ha endilgado a mí! ¡Vamos! ¿A qué espera?

Marcel, emocionado, clavó unos ojos brillantes, vivos, en su jefe.

Y musitó:

—Espero solamente a darle las gracias. Y a decirle que es usted el mejor hombre del mundo, señor. Buenos días.

Saludó y se retiró. Callowan contempló pensativo la puerta por la que Marcel Duroc, héroe del SIP en el fantástico caso resuelto, había salido. Y rezongó, empezando a chupar su cigarro con renovado afán:

—¡Bah! ¡Tonterías...!

Pero, en el fondo, Donald Callowan pensaba de muy distinta manera.





ENRIQUE  
SÁNCHEZ  
PASCUAL.

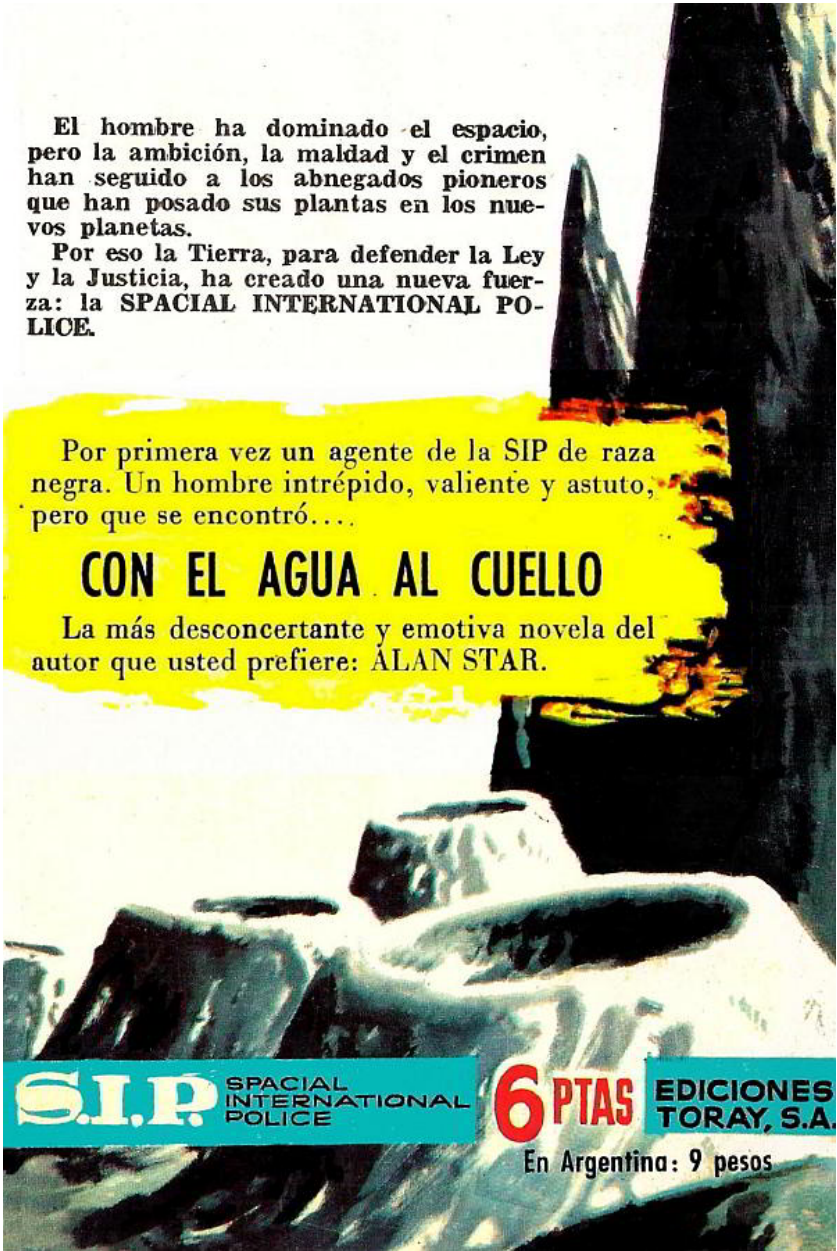
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones... y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.

S. Thels,

W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons... El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Por primera vez un agente de la SIP de raza negra. Un hombre intrépido, valiente y astuto, pero que se encontró...

## CON EL AGUA AL CUELLO

La más desconcertante y emotiva novela del autor que usted prefiere: ALAN STAR.

**S.I.P.**

SPACIAL  
INTERNATIONAL  
POLICE

**6 PTAS**

EDICIONES  
TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos

## Notas

[1]

«Hermandad Negra». Véase este título, en la misma serie de «SIP», anteriormente publicado. < <